

Capítulo 15 – El instante santo.

Introducción:

En este, el decimoquinto movimiento de nuestra sinfonía, encontramos la

introducción formal de dos temas principales de Un Curso de Milagros: el

instante santo y las relaciones especiales. Ambos temas han sido presentados directa e indirectamente en capítulos anteriores, pero esta es la

primera vez que se identifican por su nombre. Juntos son la obra maestra de

este movimiento, dándole forma a la culminación de nuestras discusiones

anteriores además de marcar la pauta para lo que vendrá después. Las últimas partes de este capítulo, dicho sea de paso, fueron tomadas por Helen

durante la temporada Navideña, lo que explica las referencias navideñas

que están entrettejidas en las enseñanzas de Jesús.

Como solemos hacer, primero examinamos el principio de la Expiación. Hemos visto como el sistema de pensamiento del ego no puede entenderse

correctamente sin comprender primero lo que es una reacción en contra.

Especialmente la relación especial no puede entenderse sin que se vea como

la piedra angular de la estrategia del ego para alejarnos del principio de la

Expiación; aún más al grano, para mantenernos alejados de la mente que

puede elegir la Expiación.

La Expiación.

(III.5:4-6) Cuando Dios se dio a Sí Mismo a ti en tu creación, te estableció como Su anfitrión para siempre. Él no te ha abandonado, ni tú lo has abandonado a Él. Todos tus intentos de negar Su grandeza, y de hacer de Su Hijo un rehén del ego, no pueden empequeñecer a aquel

a quien Dios ha unido a Sí Mismo.

Este pasaje se encuentra en medio de "La pequeñez en contraposición a la grandeza", y como declara el principio Expiación: dado que Dios no nos ha abandonado y nosotros no lo hemos abandonado a Él, la separación nunca ocurrió. Todos los intentos de negar la grandeza de Dios y la nuestra como Cristo – haciéndonos pequeños egos – no han afectado la realidad, la cual permanece tal como Dios la creó: perfectamente íntegra, infinita y una. Nuestro reconocimiento de este hecho feliz le da la bienvenida a la verdad (L-pil.14.3:7), permitiéndonos cambiar la identificación de ser un rehén de la locura del ego hacia el aceptar que somos verdaderamente anfitriones de Dios y Su Amor. (VIII.4:1-4) Piensa en esto por un instante: Dios te dio la Filiación para asegurar tu perfecta creación. Ése fue Su regalo, pues tal como Él no se negó a darse a Sí Mismo a ti, tampoco se negó a darte Su creación. Todo lo que jamás fue creado es tuyo. Tu única relación es la relación que tienes con todo el universo. Universo se usa de dos formas diferentes en Un Curso de Milagros: para denotar el universo físico y, como en este pasaje, para denotar el universo del espíritu o de Dios y Cristo. Nuestras verdaderas relaciones, como opuestas a las que se basan en el especialismo, están con Dios y nuestras creaciones, no corrompidas por el sistema de pensamiento de pecado y culpa del ego. En el mundo ilusorio de la separación, estas verdaderas relaciones se reflejan en la relación santa con el Espíritu Santo. A su vez, esta relación con nuestro Maestro es naturalmente reflejada en nuestras relaciones amorosas con los demás, de la misma manera que nuestra relación especial con el ego se expresa en las sombrías relaciones

corporales que parecen traernos placer y dolor.

(VIII.4:5-7) Y ese universo, al ser de Dios, está mucho más allá de la mísera suma de todos los cuerpos separados que percibes. Pues todas las partes del universo están unidas en Dios a través de Cristo, donde se

vuelven semejantes a su Padre. Cristo sabe que Él no está separado de Su Padre, Quien constituye Su única relación, en la que Él da tal como Su Padre le da a Él.

Nuestra relación con Dios como Cristo, una Unicidad unida cual Una sola

(T-25.I.7:1), no se puede expresar directamente porque es demasiado aterradora para nuestros seres separados. La Totalidad del universo del espíritu trasciende la suma de sus partes (ver T-2.VII.6:3) y es desconocido

para nosotros que todavía creemos que somos fragmentos individuales,

aunque completos para nosotros mismos. ¿Cómo, entonces, podríamos conocer el amor que le fue dado a este Ser indiviso; y cómo podemos saber

que lo que se separó se puede volver a unir? Si creemos que estamos verdaderamente separados, entonces se niega la Expiación y nunca podremos ser sanados. Solo recordando que la unidad no puede fragmentarse, simbolizada por nuestro ver a todos los Hijos de Dios como

lo mismo, despertamos desde los sueños de separación y especialismo del

ego hasta el glorioso Ser que nunca se fragmentó, permaneciendo para

siempre en la Totalidad que Dios creó como Él Mismo.

(VIII.6:6) Pues Dios creó la única relación que tiene significado, y esa relación es la relación que Él tiene contigo.

Esta es la respuesta del Espíritu Santo a la relación especial del ego: nuestra

única relación significativa está con Dios. Su unidad nos mantiene unidos y

no se ha roto, dañado o cambiado. Nada que nosotros creamos que hemos

logrado, podríamos lograr o quisiéramos lograr podría afectar esta unidad.

La estrategia del ego, sin embargo, es establecer relaciones basadas en las diferencias y sustituir con estas a la relación real con nuestro Creador y Fuente. Como acabamos de ver, pero debemos repetirlo, la relación Celestial se refleja en nuestras mentes divididas al unirnos con Jesús o el Espíritu Santo y, a su vez, esta relación santa es reflejada en el mundo por la visión de los intereses compartidos en lugar de los intereses separados.

La curación de nuestras relaciones especiales, forma y contenido, es el miedo del ego, ya que nos devolvería a la mente tomadora de decisiones

que seguramente elegiría en su contra. Esta es nuestra transición al tema

familiar del miedo del ego a la Expiación, y el desarrollo de su plan para

protegerse manteniendo al Hijo de Dios sin mente.

El miedo del ego a la Expiación.

El ego teme el poder de la mente para elegir contra él; como hasta ahora

habíamos elegido el ego, ahora elegiríamos al Espíritu Santo, y cuando lo

hagamos, el ego se deshará. Para asegurar que la existencia individual y

separada del Hijo – su identidad especial y única – se conserve, el ego evoluciona su estrategia de hacer que deje la mente para vivir en un cuerpo,

estableciendo las relaciones especiales que aparente-mente le darán lo que

quiere y necesita: el amor y la felicidad que tiró lejos cuando se separó de

Aquel Que es solo Amor y Felicidad.

(IV.8:2) Es imposible reconocer la comunicación perfecta, mientras interrumpir la comunicación siga teniendo valor para ti.

Hemos visto este tema de la comunicación muchas veces antes en nuestro

viaje sinfónico a través del texto. En Un Curso de Milagros, la

comunicación se identifica con la creación (la Unidad de Dios y Su Hijo),

poéticamente expresada en el comienzo de El Canto de la Oración que habla del canto que el Padre le canta al Hijo y el Hijo le canta al Padre (S1.in.1), y en la "canción olvidada" descrita en el texto (T-21.I.6). La unidad

viviente del amor es nuestra Identidad como el Hijo de Dios, sin embargo,

continuamente buscamos romper la comunicación con Dios y con Su creación porque no hay lugar para la existencia individual en un estado nodualista. Esto lleva a Jesús a plantear la siguiente pregunta:

(IV.8:3) Pregúntate sinceramente: "¿Deseo estar en perfecta comunicación? ¿Estoy completa-mente dispuesto a renunciar para siempre a todo lo que la obstaculiza?".

Lo que parece interferir con la comunicación perfecta son nuestras relaciones como cuerpos. Cuando estas interferencias del especialismo desaparecen, la decisión de la mente por nuestra querida identidad del ego

también desaparece. Nuestra respuesta honesta a Jesús es "No, no quiero

dejar ir mi ser egoico". Luego buscamos preservar estas relaciones (en la

mente y el cuerpo) hasta que el dolor se vuelve demasiado grande y el "no"

se convierte en "sí". Pero por ahora nuestra disposición no es lo suficientemente fuerte:

(IV.8:4-5) Si la respuesta es no, entonces no importa cuán dispuesto esté

el Espíritu Santo a concedértela, ello no será suficiente para que tú puedas disponer de ella, pues no estás dispuesto a compartirla con Él. Y la comunicación perfecta no puede tener lugar en una mente que ha decidido oponerse a ella.

Al oponerse a Dios, poniendo la culpa en el lugar de la Expiación, el ego

asegura que el Espíritu Santo no pueda darnos lo que Él tiene para darnos:

el recuerdo de Quiénes somos como el único Hijo de Dios, nuestro Ser. Nosotros nos identificamos en cambio con el sistema de pensamiento de

culpa, odio y miedo de la mente, y con el cuerpo que es la defensa de éstos.

Mientras tanto, nuestro Maestro espera pacientemente que el miedo

disminuya. Como leímos anteriormente: "El amor espera la bienvenida, pero no en el tiempo..." (T-13.VII.9:7).

(IX.5:1) Sólo con que le permitieses al Espíritu Santo hablarte del Amor que Dios te profesa y de la necesidad que tienen tus creaciones de

estar contigo para siempre, experimentarías la atracción de lo eterno. Es por eso que el ego busca ahogar la Voz del Espíritu Santo, mencionada

en Un Curso de Milagros como la "apacible y queda Voz" (por ejemplo, T21.V.1:6), tomado de la conocida frase bíblica (1 Reyes 19:12). Un Curso

de Milagros también habla de los "gritos estridentes e insensatos arranques

de furia" (T-21.V.1:6), y en ninguna parte estos desvaríos se vuelven más

perturbadores que en la relación especial: necesitamos satisfacer nuestras

demandas, y nuestros socios especiales deben satisfacerlas o pagar un precio. Gritamos hasta que nuestros compañeros especiales se interesan por

nosotros, al igual que los bebés que lloran hasta que se satisfacen sus necesidades, sin ningún pensamiento sobre las necesidades de los demás.

Seguimos "llorando" a lo largo de nuestra vida, buscando a través de nuestro sufrimiento y lágrimas el manipular, seducir y controlar a los demás, exigiendo que se nos presten atención. Esto realmente significa que

estamos honrando nuestras creaciones erróneas en lugar de nuestras creaciones, las cuales son extensiones del amor, así como nuestras relaciones especiales son proyecciones de odio.

Además, podemos entender que el propósito oculto detrás de las relaciones

especiales es buscar el amor, pero sin hallarlo. Lo buscamos en las personas, sustancias y cosas que el mundo ofrece como distracciones de lo

eterno, sin buscar nunca en la mente dónde se puede encontrar verdaderamente la felicidad. Recuerda que el propósito lo es todo, un tema

principal de nuestra sinfonía. Necesitamos entender que el propósito del ego

para el mundo es ahogar la Voz del Espíritu Santo para que nuestra mente nunca elija escucharlo de nuevo y despertar del separador sueño de especialismo.

(IX.5:2-3) Nadie puede oír al Espíritu Santo hablar de esto y seguir estando dispuesto a demorarse aquí por mucho más tiempo. Pues tu voluntad es estar en el Cielo, donde no falta nada y donde te sientes en

paz, en relaciones tan seguras y amorosas que es imposible que en ellas

haya límite alguno.

El ego tiene miedo de nuestra profunda atracción por Dios porque eso es

Quienes somos: uno con Él y Su Amor. Simplemente necesitamos recordar

el Ser que ya somos, el reconocimiento contra el cual el ego lucha tan desesperadamente. Sabe que si nuestras mentes fueran libres de elegir

permitiríamos que la atracción del amor por el amor (T-12.VIII) nos lleve a

casa, siendo nuestras relaciones perdonadas el medio que el Espíritu Santo

usa para nuestro viaje desde lo limitado a lo Ilimitado.

(IX.6:2) Pero recuerda esto: la atracción de la culpabilidad es lo opuesto a la atracción de Dios.

Ahora podemos entender por qué nos atrae tanto, no solo la culpa en nosotros mismos, sino también encontrarla en otros. Esto refuerza la creencia en la realidad de la culpa porque busca oponerse a la atracción de

Dios y Su Amor, y anularlo, que es la definición del pecado del ego. La frase anterior esboza el primer obstáculo a la paz que habla de nuestra atracción por encontrar la culpa en nuestros hermanos (T-19.IV-A.10-17).

Esto representa la decisión de negar el amor que nos une con la Filiación,

una decisión que nuestro regreso a la mente nos permite corregir felizmente.

(IX.6:3) La atracción que Dios siente por ti sigue siendo ilimitada, pero puesto que tu poder es el Suyo, y, por lo tanto, tan grande como el de Él, puedes darle la espalda al Amor.

Nos alejamos del amor y erigimos barreras de especialismo contra él, pero no podemos destruirlo. Dado que nosotros somos amor, es imposible desterrarlo de nuestras mentes – aunque parezca que lo hemos hecho –

como tampoco podríamos desterrar nuestro brazo derecho del cuerpo. Aunque el recuerdo de Quiénes somos permanece en la mente, locamente

mantenemos a este Ser alejado de la conciencia enterrándolo debajo de

nuestra relación especial con el ego y luego con los cuerpos.

(IX.6:4) La importancia que le das a la culpabilidad se la quitas a Dios. La parte tomadora de decisiones de nuestra mente solo puede tomar una

dirección en un instante dado – ni las dos ni ninguna. Si la mente se culpa (a

través del juicio y el ataque), va en contra de Dios; si va hacia Dios (a través del perdón y el amor), va contra la culpa. Esta elección de la mentalidad-errada o correcta son las únicas opciones disponibles para nosotros como aparentes prisioneros del mundo (T-12.VII.9:1; C-1.7:1).

(IX.6:5) Y tu visión se torna débil, tenue y limitada, pues has tratado de separar al Padre del Hijo y de limitar Su comunicación.

Elegimos la culpa para alejar a Dios, limitando la comunicación y prohibiéndole la entrada a nuestras mentes – al menos eso esperamos que

ocurra mágicamente – y sacrificando nuestra grandeza como Cristo, Su Hijo. Dado que la culpa exige castigo, debemos creer que Dios nos castigará, y por eso le tememos, un pensamiento que refuerza nuestra autopercebida pequeñez, provocando que limitemos y distorsionemos nuestra

percepción de los demás. Este tema del temor de Dios se desarrolla en los

siguientes pasajes:

(X.7:1-2) ¡Cuán temible, pues, se ha vuelto Dios para ti! ¡Y cuán grande

es el sacrificio que crees que exige Su Amor! Pues amar totalmente supondría un sacrificio total.

Creemos que Dios, siendo Amor total, exige un sacrificio total – nuestra muerte. Los escritores bíblicos nunca entendieron cómo esta creencia no

podía tener nada que ver con nuestro Creador, sino solo con el dios del ego que cree en la realidad del pecado. Al aceptar las mentiras del ego como verdad, también aceptamos que sacrificamos Su vida para que pudiéramos vivir como individuos. Como la culpa exige castigo, también creemos que Dios de alguna manera se levantará de entre los muertos y reclamará la vida que le robamos. Esta es la fuente de la extraña noción de que nuestro Padre exige expiación por el pecado mediante el sufrimiento y el sacrificio. (X.7:3-4) Y de este modo, el ego parece exigirte menos que Dios, y de entre estos dos males lo consideras el menos: a uno de ellos tal vez se le deba temer un poco, pero al otro, a ése hay que destruirlo. Pues consideras que el amor es destructivo, y lo único que te preguntas es: ¿quién va a ser destruido, tú u otro? Este principio ontológico de uno u otro es el prototipo de todas las relaciones especiales: o Dios vive o nosotros vivimos, reflejando los sistemas de pensamiento mutuamente excluyentes de unidad y separación; uno nacido del amor, el otro del miedo. Dada esta premisa central del ego, no podemos evitar sentirnos aterrorizados por Dios. Recurrimos al ego en busca de ayuda, olvidando que su sistema de pensamiento nos hizo temerosos en primer lugar, pues la disociación es la dinámica que nos permite creer que el ego ahora nos ofrece un escape, mientras que su dios inventado no lo ofrece. Huimos de la mente y vamos al mundo, buscando en los demás lo que Dios no quiere darnos. En última instancia, lo que buscamos es la inocencia de otro, lo que requiere que proyectemos nuestra culpa en ellos, exigiendo su castigo y muerte en lugar de la nuestra. Siguiendo el principio del ego, aún traducido más poderosamente como

mata o te matarán (M-17.7:11), sentimos que a fuerza de dar a otros nuestra culpa estamos libres de culpa (o inocentes). Son ellos los que merecen ser destruidos:

(X.7:5-6) Buscas la respuesta a esta pregunta [¿quién va a ser destruido, tú u otro?] en tus relaciones especiales, en las que en parte pareces ser destructor y en parte destruido, aunque incapaz de ser una

u otra cosa completamente. Y crees que esto te salva de Dios, Cuyo absoluto Amor te destruiría completamente.

El Amor total de Dios simplemente brillaría sobre el ego, el cual en defensa

propia nos dice que Dios quiere destruirnos: cuando el amor es traicionado,

contraataca, exigiendo justicia por el malvado pecado que fue perpetrado

contra él. Esto debería sonarnos muy familiar porque todos lo hacemos de

esa manera - individuos, grupos, gobiernos. La versión del ego del amor

está justificada al perseguirnos con furiosa venganza porque nosotros cometimos el primer ataque. Esto es una locura total, no hace falta decirlo,

pero no tenemos ningún recurso para verlo como es, porque nos hemos

cerrado al Espíritu Santo, el único marco de referencia para un pensamiento cuerdo.

(X.8:1-3) Crees que todo el mundo exige algún sacrificio de ti, pero no te das cuenta de que eres tú el único que exige sacrificios, y únicamente

de ti mismo. Exigir sacrificios, no obstante, es algo tan brutal y tan temible que no puedes aceptar donde se encuentra dicha exigencia. El verdadero costo de no aceptar este hecho ha sido tan grande que, antes

que mirarlo de frente, has preferido renunciar a Dios.

Jesús nos pide que miremos la locura del sacrificio que nosotros, en nuestro

miedo, hemos elegido en lugar de la cordura del Amor de Dios. Hemos

sacrificado nuestro Ser, y a través de la dinámica de proyección hemos buscado el sacrificio de todos los demás. Sólo entonces, nos dice el ego,

nuestra existencia individual puede estar a salvo. Sin embargo, lo único que es verdaderamente seguro es el Cristo de Dios que creemos haber desechado para siempre. Esta locura llamada pecado por el ego, está protegida de la corrección por la estrategia del ego de la ausencia de mente,

en la que nuestro ser sin mente (es decir, el cuerpo) es incapaz de ver la monstruosa locura del sistema de pensamiento del ego que elegimos en lugar de la cordura apacible de la Expiación del Espíritu Santo.

(X.8:4-5) Pues si Dios te exigiese un sacrificio total, parecería menos peligroso proyectarlo a Él al exterior y alejarlo de ti, que ser Su anfitrión. A Él le atribuiste la traición del ego, e invitaste a éste a ocupar Su lugar para que te protegiese de Él.

Proyectamos nuestra traición a Dios sobre Él, por lo que ahora se le acusa a Él de traicionarnos, al haber sido inventado para estar tan loco como nosotros. Fortalecemos nuestra defensa contra Su Amor proyec-tando aún más, sobre el horrible campo de batalla (el cuadro de la mente errada en el gráfico [ver Apéndice]) y fabricando un mundo como el campo de batalla de la mentalidad-errada, creyendo en la idea mágica de que las ideas sí pueden abandonar su fuente. Hemos actuado la loca relación de nuestra mente con Dios en las relaciones especiales del cuerpo, pensando que otros están tratando de atraparnos porque creemos en secreto que estamos tratando de atraparlos, y que, de hecho, lo hemos hecho. Volveremos a esta muy importante dinámica a continuación.

(XI.4:1) Tú que crees que el sacrificio es amor debes aprender que el sacrificio no hace sino alejarnos del amor.

El amor no exige sacrificio. Sin embargo, la existencia de nuestro ego se basa en el principio de uno u otro, en el que debemos sacrificarnos por otro para obtener el amor que necesitamos. Cuando nuestras necesidades encajan - obtenemos lo que queremos el uno del otro - tenemos la versión del ego del matrimonio, una unión bendecida en el Cielo (T-16.V.8:3). El amor especial es siempre sacrificio, y demostramos nuestro "amor" al renunciar a cosas por el ser amado, ya sea hijo, padre, amante, cónyuge, amigo, empleador, país o incluso Dios. Mediante el sacrificio por amor, mágicamente esperamos expiar nuestro pecado por separarnos de él. (XI.4:2-3) Pues el sacrificio conlleva culpabilidad tan inevitablemente como el amor brinda paz. La culpabilidad es la condición que da lugar al sacrificio, de la misma manera en que la paz es la condición que te permite ser consciente de tu relación con Dios. La culpa lleva al sacrificio porque solo podemos sobrevivir dando nuestra culpa a los demás: sacrifico tu inocencia para tenerla yo (odio especial), o me sacrifico para poder convencerte de que me des algo especial que necesito para sobrevivir (amor especial). Al sacrificar a otro por nosotros, o a nosotros mismos por otro, reforzamos la creencia en la separación que engendra y fortalece la culpa. En el sistema de pensamiento de ataque del ego, el amor y la paz son exclusivos (ambos no podemos tenerlos), mientras que en la corrección del Espíritu Santo son inclusivos (todos los tenemos). Nadie está exento de Su amoroso perdón y paz, así como nadie está exento del Amor de Dios por Su Hijo. (XI.4:4-5) Mediante la culpabilidad excluyes a tu Padre y a tus hermanos de ti mismo. Mediante la paz los invitas de nuevo al darte cuenta de que ellos se encuentran allí donde tú les pides que estén. Nuestro Ser es la Unidad total, Dios y Cristo, pero la culpa dice que hemos

pecado contra nuestro Creador al empujarlo lejos y al crucificar a Su Hijo, fragmentándolo en miles de millones de pedazos. Una vez que nos sentimos culpables de nuestro pecado, buscamos deshacernos de él proyectándolo sobre nuestros hermanos, sacrificando su inocencia al hacerlos cuerpos sin mente y pecadores. Siguiendo la máxima de uno u otro, si otros son culpables, nosotros no; si nosotros lo somos, ellos no. Felizmente, sin embargo, el principio del Espíritu Santo de juntos, o no en absoluto deshace la culpa por la separación, invitando a la paz de regreso a la mente agitada del Hijo de Dios y sanando a la Filiación como una.

(XI.4:6-8) Lo que excluyes de ti mismo parece temible, pues lo imbuyes de temor y tratas de deshacerte de ello, si bien forma parte de ti. ¿Quién puede percibir parte de sí mismo como despreciable, y al mismo tiempo vivir en paz consigo mismo? ¿Y quién puede tratar de resolver su “conflicto” interno entre el Cielo y el infierno expulsando al Cielo y dotándolo de los atributos del infierno, sin sentirse incompleto y solo?

Creando que hemos destruido totalmente a Dios y Su Amor, estamos solos en el universo. Hemos desechado nuestro hogar e Identidad al convertirlos a Ellos en objetos de miedo, y el dolor de esta pérdida es tan insoportable que intentamos cubrirla uniéndonos con otros cuerpos en relaciones especiales.

Sin embargo, dado que creemos que la gente nunca querría estar con nuestro yo malo y pecaminoso, fingimos que somos otra cosa. Hacemos que nuestros egos sean atractivos para los egos de los demás, sin darnos cuenta de que la solución para el infierno de nuestra soledad radica solo en el pensamiento de la mente de que arrojó lejos al Cielo, el cual puede ser recibido nuevamente con la misma facilidad, perdonando nuestra elección equivocada.

(XI.5:1) Mientras percibas el cuerpo como lo que constituye tu realidad, te percibirás a ti mismo como un ser solitario y desposeído. Nuestra soledad proviene de la creencia de que pecamos contra Dios y arrojamos Su Amor fuera de nosotros. Nosotros no podemos tolerar la culpa resultante y, por lo tanto, la proyectamos, alegando que estamos solos porque hemos estado privados del amor: alguien nos hizo esto. Este es el importante principio de escasez del ego que nos conduce a la privación, en la que nos sentimos solos debido a esta carencia interior. En lugar de aceptar la responsabilidad de nuestra elección equivocada, declaramos que otro ha robado nuestra inocencia y amor, dejándonos en el doloroso estado de privación. ¿Cómo, entonces, podría entrar el amor donde no es bienvenido, y cómo podríamos recordar que somos una parte viviente de la perfecta Unidad del Cielo cuando su recuerdo en la mente está escondido más allá de nuestra culpa y nuestro cuerpo moribundo?

(XI.5:2-4) Y te percibirás también como una víctima del sacrificio, y creerás que está justificado sacrificar a otros. Pues, ¿quién podría rechazar al Cielo y a su Creador sin experimentar una sensación de sacrificio y de pérdida? ¿Y quién podría ser objeto de sacrificios y pérdidas sin tratar de rehacerse así mismo?

Todo ataque, individual o colectivo, se justifica alegando que otros nos atacaron primero; ellos nos sacrificaron para tener lo que somos y tenemos.

Esto nos justifica plenamente para sacrificarlos a ellos, recuperando y restaurando la inocencia que creemos es nuestra. Les hacemos esto, ellos hacen esto a nosotros, que es el principio que hace girar al mundo del odio.

Y debajo de esta locura de proyección, se encuentra el pensamiento original de sacrificar a Dios y Su Cielo – el hogar de la culpa – el cual permanece enterrado en la mente, protegido por nuestro desconocimiento de él.

(XI.5:5-7) No obstante, ¿cómo ibas a poder hacer esto por tu cuenta,

cuando la base de tus intentos es que crees en la realidad de la privación? Sentirse privado de algo engendra ataque, al ser la creencia de que el ataque está justificado. Y mientras prefieras conservar la privación, el ataque se vuelve salvación y el sacrificio amor. No podemos restaurarnos a nosotros mismos, porque el yo que busca la curación es el yo que cree en su propia carencia. Todos los intentos están condenados al fracaso, ya que se basan en el ataque, lo que refuerza la separación que es la causa de la creencia en la escasez y el sacrificio – el círculo vicioso y desesperado del ego. Para terminar con la inutilidad de esta existencia basada en un sistema de pensamiento de inutilidad, necesitamos elevarnos por encima del campo de batalla de la culpa y el ataque, la escasez y la privación, y mirar con Jesús la desesperanza de la situación tal como la han establecido nuestras mentes erradas. Solo entonces podremos elegir como nuestra identidad el amor que no conoce el sacrificio, pero que conoce la salvación que deshace la culpa para siempre.

(XI.6:1-3) Y así resulta que, en tu búsqueda de amor, vas en busca de sacrificio y lo encuentras. Mas no encuentras amor. Es imposible negar lo que es el amor y al mismo tiempo reconocerlo.

Todo se pone patas arriba en el sistema de pensamiento del ego, donde encontramos lo contrario de lo que buscamos de verdad – la conocida máxima del ego de busca, pero no halles. No logramos hallar el amor porque lo buscamos en el lugar equivocado. El amor está en la mente, de la cual el ego lo ha desterrado para asegurar su auto-conservación, dirigiendo nuestra atención al mundo y al cuerpo donde buscamos el amor, el placer, la felicidad y la paz. Sin embargo, nuestras soluciones mágicas de especialismo nunca duran, y estamos condenados a buscar, aparentemente

para siempre, y nunca encontrar lo que realmente deseamos. ¿Cómo podemos recordar el amor, que es el pensamiento de la unidad perfecta de la mente, cuando lo buscamos en el mundo de la separación? El amor que realmente buscamos permanece en la mente, esperando pacientemente nuestro regreso.

(XI.6:4-6) El significado del amor reside en aquello de lo que te desprendiste, lo cual no tiene significado aparte de ti. Lo que prefieres conservar es lo que no tiene significado, mientras que lo que quieres mantener alejado de ti encierra todo el significado del universo y lo conserva intacto dentro de su propio significado. Si el universo no estuviese unido en ti, estaría separado de Dios, y estar sin Él es carecer de significado.

Por eso buscamos un significado en el mundo y nunca lo encontramos. El

mundo fue hecho para que nosotros nunca encontremos el amor – "todo el

significado del universo" – contra el cual hemos elegido. La gran pantalla

de humo que es el mundo de los cuerpos, brillantemente concebido y cubierto con las cortinas opacas de las relaciones especiales, nos impide

mirar hacia atrás a la mente donde el amor fue desechado y en el único

lugar donde se le puede encontrar. Como Jesús nos recuerda continuamente,

el amor nunca se fue, sino que permanece oculto detrás de la culpa que

preferimos en lugar de nuestra cordura. Este amor espera que abramos la

puerta con la llave del perdón, el único significado que tiene el mundo, el

cual refleja el significado Celestial de la perfecta unidad del amor.

Relaciones especiales – sacrificio.

Pasamos ahora a las relaciones especiales, el arma del ego contra Dios, por

excelencia. Comenzamos con la sección "La pequeñez en contraposición a la grandeza" que analiza la grandeza de Cristo, una extensión de la grandeza de Dios que hemos desechado. La pequeñez del yo individual que elegimos en cambio, es referida más adelante como un "pobre sustituto" (T-16.IV.8:4) de la creación de Dios, una "parodia" (T-24.VII.1:11; 10:9) de nuestro glorioso Ser. Sin embargo, es esta pequeñez la que hemos locamente adorado y buscado defender. (III.1:1-5) No te contentes con la pequeñez. Pero asegúrate de que entiendes lo que es, así como también la razón por la que jamás podrías sentirte satisfecho con ella. La pequeñez es la ofrenda que te haces a ti mismo. La ofreces y la aceptas en lugar de la grandeza. En este mundo no hay nada que tenga valor porque es un mundo que procede de la pequeñez, de acuerdo con la extraña creencia de que la pequeñez puede satisfacerte. Ten en cuenta la variación del leitmotiv "¡No te conformes con lo que no es nada!" (T-12.VIII.6:1). Todo aquí es pequeñez, no sólo las manifestaciones obvias del ego de mezquindad, codicia y odio, sino también las estructuras más impresionantes y los logros creativos. Si, por ejemplo, tenemos una poderosa experiencia que trasciende el cuerpo en presencia de algo o alguien, es sólo porque la forma simboliza la grandeza dentro de nuestras mentes. Las grandes obras de arte o hermosas escenas de la naturaleza no son nada en sí mismas - "nada tan cegador como la percepción de la forma" (T-22.III.6:7) - ya que su grandeza o belleza se encuentra solo en lo que nos recuerdan. Las formas son siempre limitantes, lo que significa que no

pueden ser de Dios, pero al reflejar la grandeza del espíritu, se convierten en símbolos inspiradores de la verdad del Cielo. Necesitamos recordar la fuente en lugar del símbolo (T-19.IV-C.11:2-4), y que el significado de toda aparente pequeñez y grandeza está en la mente tomadora de decisiones, eligiendo al ego o al Espíritu Santo. De otra manera nos condenamos a la pequeñez del mundo y del cuerpo, cerrando la conciencia de nuestra inherente grandeza como Cristo, Cuyo recuerdo aguarda la decisión de la mente dividida de unirse a ella y recordar su Ser.

(III.1:6) Cuando te lanzas en pos de cualquier cosa en este mundo creyendo que te ha de brindar paz, estás empequeñeciéndote y cegándote a la gloria.

Decimos: "Soy alguien necesitado y pequeño, con necesidades nacidas de la pequeñez, por eso necesito el pequeño mundo para satisfacer a mi ser".

Todo esto refuerza nuestra insignificante imagen de nosotros mismos, inevitable una vez que nos identificamos con el cuerpo. La pena es que no somos conscientes de lo que hacemos y seguimos intentando encontrar la paz y el amor. Al estar siempre buscando en el lugar equivocado, forzosamente terminamos apoyando nuestra pequeñez. Para reforzar este débil concepto de nosotros mismos, buscamos aliados y armas, sistemas religiosos y diversas demostraciones de fuerza para hacernos sentir poderosos e importantes - todo lleno de aparente magnificencia y grandeza.

Como hemos visto, esto es mera grandiosidad disfrazada, porque estas defensas emanan del débil sistema de pensamiento de separación y especialismo. La grandeza de Cristo, por otra parte, no excluye a nadie porque no está limitada por la forma, y la relación especial es inmediatamente reconocible porque se basa en comparaciones y exclusión.

Es por eso que nos ciega a nuestra gloria inherente como Hijo de Dios, unido con la Filiación en la grandeza de nuestro Ser.

(III.8:5-7) Desconoces el significado del amor porque has intentado comprarlo con baratijas, valorándolo así demasiado poco como para poder comprender su grandeza. El amor no es insignificante, y mora en ti que eres el anfitrión de Dios. Ante la grandeza que reside en ti, la poca estima en que te tienes a ti mismo y a todas las pequeñas ofrendas

que haces, se desvanecen en la nada.

La creencia de nuestra mente tomadora de decisiones en la culpa es el problema, ya que nos mantiene con una autoestima muy baja, exigiendo que

busquemos en el mundo de los cuerpos el amor contra el que creemos que

hemos pecado y que no merecemos. El atractivo del especialismo se cierne

ante nuestros ojos cargados de culpa mientras sucumbimos a las intensas

llamadas de las migajas que creemos que saciarán nuestra hambre.

Esto

solo esconde nuestro auténtico anhelo por la grandeza del Amor de Dios

que permanece en la mente correcta a través del Espíritu Santo, esperando

el retorno que significa el fin del pequeño yo.

(V.2:2) Hemos dicho [T-13.X.11:3] que limitar el amor a una parte de la Filiación produce culpabilidad en tus relaciones, y, por lo tanto, hacen que éstas sean irreales.

Una vez más, Jesús no habla de forma, compartiendo amor conductualmente con todos, sino solo del contenido de la mente. En este

nivel nuestro amor no hace exclusiones; si lo hiciera, no sería amor.

Para

estar seguro, en el nivel de la forma no podemos amar a todos de la misma

manera; sin embargo, de nuevo, el enfoque de Jesús es siempre y únicamente en la mente no-espacial que reconoce la igualdad inherente de

los Hijos de Dios, el paso necesario para conocer al Hijo como uno.

(V.2:3-4) Si intentas aislar ciertos aspectos de la totalidad, con vistas a

satisfacer tus imaginadas necesidades, estarás intentando valerte de la separación para salvarte. ¿Cómo no iba a producirse entonces culpabilidad?

La culpa proviene de la creencia de que nos hemos separado de Dios, lo que

el ego llama pecado. Para proteger esta creencia de cualquier cambio significativo, la culpa hace que nazcamos como cuerpos individuales, la

identidad que apreciamos sobre todo y que nutrimos continuamente.

De

hecho, nuestra experiencia es que esa "vida" individual comienza cuando

nos separamos de nuestra fuente materna, un evento que la sociedad conmemora celebrando el cumpleaños. Esto ciertamente no significa que

debamos sentirnos culpables porque nuestro cordón umbilical fue cortado

cuando nacimos. Sin embargo, una vez que somos adultos y reconocemos la

separación por lo que es y cómo ha permeado todos los aspectos de nuestras

vidas, podemos elegir mirar sus efectos y aprender cómo cambiar nuestro

estado fragmentado por la totalidad.

Como vimos en el capítulo anterior, las experiencias directas de la verdad

son intolerables. Las indirectas son necesarias para permitirnos volver a la

mente tomadora de decisiones antes de que podamos despertar a la verdad.

Empezamos donde creemos que estamos, viviendo en cuerpos separados en

el mundo, y aprendiendo a deshacer el pensamiento de que nuestros intereses están separados de los de los demás, creyendo que podemos ser

felices sacrificando personas (odio especial), o robándoles lo que necesitamos (amor especial). Esto lo podemos mirar y sobre esto podemos

pedir ayuda. Además, es fundamental que no nos sintamos culpables y que no nos juzguemos porque miramos a partes especiales de la Filiación para satisfacer nuestras necesidades. No habría necesidad de Un Curso de Milagros si no tuviéramos estas necesidades especiales. Sin embargo, debemos ser conscientes de que esto es lo que lo hacemos, y que el deseo de ser especial no satisfará nuestra necesidad real de aceptar la Expiación.

Nuestro amable maestro nos ayuda a ver que no satisfacemos esta necesidad cambiando la forma de nuestras relaciones, sino simplemente cambiando su propósito de la separación, el sacrificio y la culpa a compartir, perdonar y estar en paz. De esta manera, finalmente aprendemos a abrir nuestros ojos dormidos a la plenitud que es el Hijo de Dios.

Continuamos repitiendo la última oración de arriba:

(V.2:4-7) ¿Cómo no iba a producirse entonces culpabilidad? Pues la separación es la fuente de la culpabilidad, y recurrir a ella para salvarte es creer que estás solo. Estar solo es ser culpable. Pues sentir que estás solo es negar la Unidad entre Padre e Hijo y, de ese modo, atacar la realidad.

Este pasaje describe a todos los que vienen a este mundo ("el sistema ilusorio de aquellos a quienes la culpabilidad ha enloquecido" [T13.in.2:2]), pero no debemos juzgar al mirar nuestras relaciones ni al ver

qué estamos haciendo. No podemos despertar a la luz hasta que primero le llevemos nuestra oscuridad – un tema ahora familiar. Tenemos que mirar la relación especial con los ojos abiertos, libres de culpa. Si nos juzgamos a nosotros mismos realmente no estamos mirando, porque esa es la forma en que el ego preserva su yo separado de la "amenaza" de la perfecta Unidad

del Cielo, condenándonos para siempre a estar solos. Esta soledad es la condición para estar separados, la cual requiere la forja de relaciones especiales para compensar el dolor abrasador de nuestro aislamiento del amor.

(V.3:1-2) No puedes amar sólo a algunas partes de la realidad y al mismo tiempo entender el significado del amor. Si amases de manera distinta de como ama Dios, Quien no sabe lo que es el amor especial, ¿cómo ibas a poder entender lo que es el amor?

“No puedes amar sólo a algunas partes de la realidad y al mismo tiempo entender el significado del amor” porque el amor es total. ¿Como podemos entender el amor cuando nuestra existencia se basa en la creencia de que el amor especial (o exclusivo) es la realidad? Para preservar la "realidad" separada y fragmentada del ego, nosotros – la parte de nuestra mente que le gusta ser una parte (y estar aparte) – fortalecemos este yo inherentemente débil estableciendo la separación y fragmentando en relaciones especiales, en la loca creencia de que estas nos harán poderosos y nos salvarán. Jesús

continúa:

(V.3:3) Creer que las relaciones especiales, con un amor especial, pueden ofrecerte la salvación, es creer que la separación es la salvación.

Si creo que te necesito para que me hagas feliz, afirmo que tu y yo somos

diferentes: tú tienes lo que yo necesito, y la salvación consiste en obtenerla

de ti que estás separado de mí, a cualquier precio. Los intereses separados,

entonces, se convierten en el principio que salva y mantiene mi ego, mientras que los intereses compartidos deshacen eso. Como leeremos mucho más adelante: “No es lo que puedas perder en el futuro lo que temes.

Lo que te aterroriza es unirte en el presente” (T-26.VIII.4:3-4).

(V.3:4-7) Pues la salvación radica en la perfecta igualdad de la Expiación. ¿Cómo puedes pensar que ciertos aspectos especiales de la Filiación pueden ofrecerte más que otros? El pasado te ha enseñado esto. Mas el instante santo te enseña que eso no es así.

Recuerda el Capítulo 14, sección X: es la completa igualdad de los milagros

la que nos permite sanar cada problema al verlos como lo mismo.

Nadie ni

nada aquí tiene el poder de otorgar placer o dolor, ni el pasado ilusorio puede afectarnos. Ya que es sólo la decisión de la mente la responsable del

destino placentero o doloroso del cuerpo, nunca estamos justificados para

poner nuestras vidas en manos de los compañeros especiales de amor y

odio. Regresamos ahora al instante santo, la respuesta del Espíritu Santo a

nuestro aprendizaje pasado que parece determinar la elección de nuestras

relaciones especiales particulares.

(V.6:1-3) Si deseas substituir una relación por otra, es que no se la has ofrecido al Espíritu Santo para que Él haga uso de ella. El amor no tiene substitutos. Cualquier intento de substituir un aspecto del amor por otro, significa que has atribuido menos valor a uno y más a otro.

Casi cualquiera diría que es imposible no valorar a ciertos miembros de la

Filiación más que otros, lo que por supuesto es cierto siempre que creamos

que somos cuerpos. Vemos aquí la inteligencia del ego en hacer que el cuerpo esté en un estado constante de necesidad física y emocional, lo que

naturalmente nos lleva a valorar los diversos objetos que pueden satisfacer

estas necesidades y a devaluar los que no. En el nivel material necesitamos

oxígeno, agua y alimentos, por lo que distinguimos entre aire limpio y contaminado, agua pura e impura, alimentos saludables y no saludables. Lo

más importante es que psicológicamente convertimos a personas específicas

en nuestros amores u odios especiales – sustitutos del amor o chivos expiatorios para nuestra culpa.

Examinamos estas relaciones especiales no para sentirnos culpables, sino

para identificarlas como proyecciones de la mente tomadora de decisiones

que ha devaluado el Amor de Dios, habiendo puesto en su lugar nuestro

amor por los miserables regalos del ego. Es útil ver con qué astucia ha utilizado el ego su dinámica de separación y sacrificio, expresada en el especialismo, para impregnar cada aspecto de nuestra existencia. La situación es, de hecho, desesperanzadora, a menos que dirijamos nuestra

atención del cuerpo a la mente, del efecto a la causa. Esto nos permite identificar la única relación especial que existe: la mente de la cual depende

el ego y su sistema de pensamiento de separación, sacrificio y culpa.

(V.6:4) De esta forma, no sólo los has separado, sino que los has condenado a ambos.

Para reafirmar este odioso principio del especialismo, juzgamos que ciertas

personas son capaces de cumplir nuestras necesidades y otras no lo son. A

estas últimas las rechazamos; a las primeras las necesitamos y las queremos. Sin embargo, hemos juzgado contra ellas también, porque si

tienen lo que necesitamos y la escasez conduce a la privación, debemos

creer que nos privaron de ello. No podemos evitar concluir que nos sentimos solos porque otras personas robaron el amor y la inocencia que

por derecho nos pertenece. Un capítulo posterior explicará por qué creemos

que nuestro tesoro (el especialismo o la inocencia) se encuentran en los

cuerpos de los ladrones, el escondite de la “perla de inestimable valor”, la

cual estamos justificados para robarla (T-23.II.9-12).

(V.6:5-6) Mas tuviste que haberte condenado a ti mismo primero, o, de lo contrario, nunca habrías podido pensar que necesitabas que tus

hermanos fuesen diferentes de como son. A no ser que hubieses pensado que estabas falto de amor no se te habría ocurrido pensar que ellos estaban tan faltos de amor como tú.

El primer juicio es siempre contra nosotros mismos: estamos en un estado

constante de escasez y carencia porque creemos que nos separamos del

Amor de Dios y lo destruimos. Dado que nuestros juicios contra otros son

nada más que proyecciones del auto-juicio original, decimos que no somos

nosotros quienes atacamos el amor, sino que otros nos lo quitaron.

Siguiendo el principio de uno u otro, si estamos abrumados por la culpa,

estos otros deben estar libres de culpa, habiéndonos privado de nuestra

inocencia y haciéndola suya tomándola. Esto, una vez más, justifica nuestro

intento de retractarnos, atacándolos en defensa propia – ¡literalmente!

–

intercambiando así su inocencia por nuestra culpa.

Debido a esta necesidad de escapar de la culpa, nos encanta encontrar malvados en el mundo para poder acusarlos de robar nuestra

inocencia y

así, al destruirlos, apoderarnos de lo ("que con justa indignación debe arrebatárseles" [T-23.II.11:2]) que en secreto creemos que les robamos primero. Actuamos repetida-mente esta locura asesina porque su pensamiento raíz se conserva en la mente: Dios no nos dejaría ser quienes

somos, así que fuimos forzados a apartar nuestro yo individual de Él.

Ésta

es la semilla de todo problema de autoridad. Considera la rebelión adolescente, en la que los niños se vuelven contra sus padres debido a la

percepción de que no los dejan crecer. Como niños y niñas malcriados, lanzamos una rabieta contra Dios, y en ese instante profano nació el ego, y

luego el mundo. Una y otra vez recreamos esta dinámica porque las ideas

no abandonan su fuente y la proyección da lugar a la percepción. La

creencia de que le robamos a Dios y de que tenemos que proteger nuestro robo para que Él no se apodere de lo robado, da lugar a un mundo en el que se percibe que todos intentan robarnos, siendo las víctimas inocentes de los pecados de otros. A menos que este sistema de pensamiento subyacente se corrija y se deshaga, la verdadera paz – individualmente y en el mundo en general – será imposible.

(VI.1) Es imposible usar una relación a expensas de otra sin sentir culpabilidad. Y es igualmente imposible condenar parte de una relación y encontrar paz en ella. De acuerdo con las enseñanzas del Espíritu Santo, todas las relaciones son compromisos totales, si bien, no hay conflicto alguno entre ellas. Tener absoluta fe en que cada una de ellas tiene la capacidad de satisfacerte completamente, solo puede proceder de una perfecta fe en ti mismo. Mas no puedes tener fe en ti mismo mientras sigas sintiendo culpabilidad. Y seguirás sintiendo culpabilidad mientras aceptes la posibilidad – y la tengas en gran estima – de que puedes hacer que un hermano sea lo que no es sólo porque tú lo desees.

Esta práctica de uno u otro es el sello distintivo de la relación especial, en la que no vemos que la gente es lo mismo que nosotros, sino sólo a través del lente de nuestras necesidades, una percepción que inevitablemente distorsiona su identidad. Esto re-crea nuestra relación especial original con

Dios donde lo convertimos a Él en lo que no es: un dios de separación, especialismo y venganza. Impulsado por esta culpa y sostenido por ella,

continuamos el círculo más vicioso del ego de excluir a otros del amor, como hicimos con el Amor Mismo. Sin embargo, cuando buscamos ayuda en el instante santo al practicar las lecciones del Espíritu Santo con el mayor compromiso posible con nuestro aprendizaje, recordamos la unidad

del Hijo de Dios y su unidad con su Creador. Con alegría nos damos cuenta de que, en el mundo perdonado, el cual refleja la unidad del Cielo, no hay culpa ni conflicto, sino solo el alborear del recuerdo del Hijo de Dios tal como Él lo creó.

(VI.3:3-4) Si intentas satisfacerte gratificando tus necesidades tal como las percibes, es porque crees que la fuerza procede de otro, y lo que tú ganas, él lo pierde. Si te percibes como débil, alguien siempre tiene que salir perdiendo.

Este principio de uno u otro, el núcleo del sistema de pensamiento del ego de separación, culpa y ataque, se describe con gran detalle en el próximo capítulo donde Jesús discute la dinámica asesina de la relación especial. En el contexto de este pasaje, el principio se puede expresar de esta manera:

me siento débil porque algo me falta, y por eso los demás deben ser fuertes.

Mi ego me dice su fuerza me fue arrebatada, ya que me han privado de lo que me pertenece por derecho. Por tanto, estoy justificado para robarla nuevamente a través de la astucia y el engaño, restableciendo triunfalmente mi fuerza y su debilidad.

(VII.1:1) Más allá de la débil atracción que la relación de amor especial ejerce, y empañada siempre por ella, se encuentra la poderosa atracción que el Padre ejerce sobre Su Hijo.

La fuerte atracción de la mente por el principio de Expiación y el Amor de Dios es el miedo del ego, porque supera en gran medida la atracción por la culpa y el dolor, los frutos del especialismo. Como hemos visto repetidamente, este miedo a perder el yo individual que se forjó en la culpa y el odio se convierte en la motivación para fabricar el mundo sin mente de

los cuerpos, mantenido en su lugar por la atracción perversa del ego por la relación especial.

(VII.1:2) Ningún otro amor puede satisfacerte porque no hay ningún otro amor.

Esto recuerda la famosa canción de Richard Rodgers de Victory at Sea, "No

hay ningún otro amor". Nosotros no tenemos otro amor que el de Dios, porque todo lo demás es ilusorio. Sin embargo, buscamos desesperadamente un sustituto que funcione, y nunca lo encontraremos

porque el sistema de especialismo está diseñado para que no se pueda encontrar. ¿Cómo podemos encontrar lo que no está ahí? Este es un hecho

que el ego nunca nos dejará reconocer ya que está enterrado en una mente

que los cuerpos y los cerebros sin mente no pueden ver.

(VII.1:3-7) Ése es el único amor que se da plenamente y que es plenamente correspondido. Puesto que goza de plenitud, no pide nada. Puesto que es totalmente puro, todos los que se unen a él lo tienen todo.

Esto no es así en ninguna relación que el ego entabla. Pues toda relación que el ego entabla es siempre especial.

De hecho, podríamos decir que todas nuestras relaciones son especiales

porque se basan en la separación: soy un yo, tú eres un yo, y yo quiero (o

estoy en) una relación contigo. Si parece benevolente y me da lo que necesito, la relación se llama amor; de lo contrario, es odio, en la que robo

al tomar tu inocencia, por la cual te juzgo, ya que tú me robaste primero.

Ambas formas de especialismo se basan en la percepción dualista de personas separadas, que es cómo comenzamos nuestras vidas como egos,

creyendo que nos separamos de Dios. Esta creencia, entonces, continúa en

nuestras vidas como homo sapiens, una existencia que creemos que comienza con la separación de nuestras madres al nacer. Cuán diferente es

esta vida y el amor del estado de ser completo y totalmente unificado que es

el Reino que Dios creó: una Unidad unida cual Una sola.

(VII.4:1) Dijimos anteriormente que el propósito del ego es conservar e incrementar la culpabilidad, pero de forma tal que tú no te des cuenta de lo que ello te ocasionaría.

El ego hace que un velo de olvido o negación caiga a través de la mente

dividida, de modo que cuando estamos en un cuerpo no tenemos memoria

de nuestro lugar de origen, y ciertamente no entendemos que entramos en el

mundo para cumplir la meta del ego de la ausencia de mente. La culpa,

entonces, permanece enterrada en la mente y fuera de la conciencia, encontrándose allí solo para hallar su camino hacia el mundo a través de la

proyección. Esta es la tortuosa dinámica que preserva la identidad del ego al

hacernos creer que la culpa está en los cuerpos, en los nuestros y en los

demás; en cualquier lugar excepto en la mente que es su fuente.

(VII.4:2) Pues la doctrina fundamental del ego es que te escapas de aquello que les haces a otros.

Puse mi culpa sobre ti para que tengas el castigo del que he escapado, que

es el significado detrás de todo ataque, juicio y guerra. Me escapo de la

terrible carga de culpabilidad de mi mente al proyectarla sobre ti.

Siguiendo

la lógica ahora familiar del ego de uno u otro, si eres culpable, yo debo estar

libre de culpa. En consecuencia, no tenemos que sentir la culpa que elegimos en lugar de la inocencia de Cristo.

(VII.4:3-5) El ego no le desea el bien a nadie. No obstante, su supervivencia depende de que tú creas que estás exento de sus malas intenciones. Te dice, por lo tanto, que si accedes a ser su anfitrión, te permitirá proyectar su ira afuera y, de ese modo, te protegerá.

Vemos este importante tema repetido una y otra vez en el texto. A través de

la proyección, presumimos de deshacernos de la culpa que nuestros egos nos dicen que es nuestra identidad, justificando esto con nuestra ira que dice que otros nos hicieron esto a nosotros. No se puede sobrestimar la importancia del pasaje anterior para comprender el sistema de pensamiento del ego, nuestra vida basada en el mundo del ego y la corrección del Espíritu Santo a través del perdón. Aceptando el principio central del ego de que las ideas sí abandonan su fuente, creemos que la preservación y la protección de nuestro yo separado radica en primero hacer que la culpa sea real, y luego "escapar" de su cruel e inevitable destino poniéndola en los cuerpos de otros y viéndola allí. Así, la elección de la mente por la culpa permanece impermeable a todo deshacimiento, ya que nuestro acceso al tomador de decisiones se ve doblemente frustrado por los escudos de la culpa de la mente y la ira del cuerpo.

(VII.4:6) Y así, se embarca en una interminable e insatisfactoria cadena de relaciones especiales, forjadas con ira y dedicadas exclusivamente a fomentar tan solo la creencia descabellada de que cuanto más ira descargues fuera de ti mismo, más a salvo te encontrarás. Invertimos continuamente en esta cadena interminable de relaciones especiales porque nuestra culpa es interminable – por siempre mientras no cambiemos nuestras mentes. El ego es un pozo sin fondo que continuamente grita “¡Más! ¡Necesito más!”. Y en su “despiadada búsqueda de pecado” (T-19.IV-A.12:7) busca protegerse. Al necesitar llenar este enorme agujero, nos volvemos adictos a las sustancias y las relaciones, siendo monstruos de culpa con bocas abiertas queriendo devorar lo de afuera. La ira es un componente importante de nuestra alimentación frenesí

porque justifica el canibalizar la inocencia que secretamente creemos que tiramos, robándola nuevamente y devolviéndola a su legítimo propietario: nosotros.

(VII.6:1-3) De una forma u otra, toda relación que el ego entabla está basada en la idea de que sacrificándose a sí mismo él se engrandece.

El

“sacrificio” que él considera una purificación, es de hecho la raíz de su amargo resentimiento. Pues preferiría atacar de inmediato y no demorar más lo que desea hacer.

Este es el trato que hace el amor especial: algo falta en mí, dejándome con

problemas físicos y/o necesidades psicológicas que hay que satisfacer, de lo

contrario no puedo sobrevivir. Sin embargo, tú, una persona especial con

atributos especiales puedes satisfacer estas necesidades especiales.

Mientras

que mi ego preferiría matarte directamente para conseguir lo que quiero, si

necesito tu cuerpo para satisfacer mis necesidades, o requiero atención,

amabilidad y comprensión, matarte no servirá, por no mencionar las normas

sociales que me castigarían, por lo tanto, tengo que convencerte de que lo

mejor para ti es darme lo que necesito. Entramos en el tema del sacrificio,

una dinámica que discutiremos con más detalle en el próximo capítulo.

En

efecto, te digo que pagaré por lo que quiero y necesito, aunque me molesta

tener que pagar por la inocencia y el amor que fue mío al principio, el cual

me robaste. Dándote algo de mí mismo (lo menos posible) como pago y

obteniendo algo a cambio (tanto como sea posible), espero conseguir un

mejor trato que me haga más grande. Yo sacrifico un pedazo de mí mismo al dártelo, esperando que te engañe para que me des algo de un valor más grande a cambio.

(VII.6:4-6) No obstante, dado que el ego se relaciona con la "realidad" tal como él la ve, se da cuenta de que nadie podría interpretar un ataque directo como un acto de amor. Mas hacer sentir culpable a otro es un ataque directo, aunque no parezca serlo. Pues los que se sienten culpables esperan ser atacados, y habiendo pedido eso, se sienten atraídos por el ataque.

Quiero que me ataques, porque eso justifica que yo te devuelva el ataque. Si

no me atacas primero, ¿cómo puedo atacarte con toda inocencia? A los gobiernos, por ejemplo, les encanta trazar líneas imaginarias en la arena

para que sus enemigos las crucen, alegando que lo hicieron primero y permitiendo que la "víctima" ataque al "victimario" en defensa propia. Siempre necesitamos una excusa, que la otra persona sea vista como el

agresor para que podamos estar justificados en nuestros contraataques.

Nadie, entonces, sabe que lo configuramos en secreto, tanto los gobiernos y

como los individuos. No parece que estemos atacando directamente, porque

nuestra agresión es "claramente" una respuesta defensiva al "primer" ataque

de la otra persona. Recuerda esta oración de un capítulo anterior, y asegúrate de recordar que Jesús está hablando de nuestros pensamientos, no

de comportamiento: "Si no te habla de Cristo, es que tú no le hablaste de

Cristo a él" (T-11.V.18:6).

(VII.7:1-6) En tales relaciones dementes, la atracción de lo que no deseas parece ser mucho mayor que la atracción de lo que sí deseas. Pues cada uno piensa que ha sacrificado algo por el otro y lo odia por ello. Eso, no obstante, es algo que cree que quiere. No está enamorado del otro en absoluto. Simplemente cree estar enamorado del sacrificio. Y por ese sacrificio que se impone a sí mismo, exige que el otro acepte

la culpabilidad y que se sacrifique a sí mismo también.
La razón por la que amamos el sacrificio es que nos da lo que
queremos, al
menos lo que creemos que queremos. El amor que realmente
queremos está
enterrado bajo la atracción del ego por la culpa, el sacrificio y el odio.
En
consecuencia, nosotros sacrificamos un poco y pedimos (es decir,
exigimos)
que otros sacri-fiquen mucho. Todas las relaciones se basan en esta
loca
dinámica. De hecho, el mundo de especialismo del ego no podría
sobrevivir
mucho tiempo sin ella, ya que un amor que se da y se comparte
libremente
aquí es algo desconocido y siempre sería atacado. Sin embargo, el
amor que
es logrado a través de la negociación y el sacrificio "sería una
conclusión
seriamente deseable", para citar el famoso soliloquio de Hamlet (III, i),
y
por el que vale la pena matar – literal o figurativamente.
(VII.7:7-8) El perdón se hace imposible, pues el ego cree que perdonar
a otro es perderlo. De la única manera en que el ego puede asegurar la
continuidad de la culpabilidad que mantiene a todas sus relaciones
intactas es atacando y negando el perdón.
El perdón es el mayor temor del ego porque significa el fin de la
separación
y el fin del yo separado que conocemos como el ego. Este yo es
preservado
por nuestras proyecciones de culpa sobre los demás, arraigándolos en
nuestros sueños, tal como ellos buscan hacernos. Para lograr su
objetivo, el
ego sustituye el verdadero perdón con su forma de perdón – “perdón-
paradestruir” (S-2.II) – caracterizado por la imposición de la culpa. De
esa
manera encadenamos a los demás a nosotros mismos, siendo la culpa
la
atracción que sustituye al amor y mantiene nuestra identidad especial
viva y

en buen estado.

(VII.8) Sin embargo, tales relaciones tan sólo dan la impresión de estar intactas, pues para el ego lo único que las relaciones significan es que los cuerpos están juntos. Esto es lo que el ego siempre exige, y no objeta

adonde se dirige la mente o lo que piensa, pues eso no parece ser importante. Mientras el cuerpo esté ahí para recibir su sacrificio, él es feliz. Para él, la mente es algo privado, y el cuerpo es lo único que se puede compartir. Las ideas son básicamente algo sin importancia, salvo

si con ellas se puede atraer o alejar el cuerpo de otro. Y ése es el criterio

del que se vale para juzgar si las ideas son buenas o malas. Todo aquello que hace que el otro se sienta culpable y que le impida irse debido a la culpabilidad es “bueno”. Lo que lo libera de la culpabilidad es “malo”, pues en ese caso dejaría de creer que los cuerpos se pueden

comunicar, y, por lo tanto, se “marcharía”.

El ego proyecta la culpa de la mente en el cuerpo de otro, estableciendo la

inocencia de un Hijo a expensas de otro – uno u otro. Esto parece unir a los

dos Hijos separados, porque el ego no puede existir sin un objeto para su

proyección. Esta unión es sólo de cuerpos, que no pueden unirse verdaderamente, ya que su propósito es mantenerse separados. Como resultado, el ego, mientras que por un lado predica la unidad a través del

especialismo, evita el retorno a la mente que es el único hogar del unificado

e inocente Hijo de Dios. Eso bendice el especialismo que separa, juzgándolo como bueno, y maldice al perdón que une, percibiéndolo como malo.

(VII.9:1-2) El sufrimiento y el sacrificio son los regalos con los que el ego “bendice” toda unión. Y aquellos que se unen ante su altar aceptan

el sufrimiento y el sacrificio como precio de su unión.

Esto finalmente incluye nuestra unión con Dios, porque en las extrañas

religiones que hemos creado se cree que Dios exige sufrimiento y sacrificio como expiación por los pecados, y que esto nos reunirá con Él. Jesús nos está diciendo aquí que la religión formal es especialismo. El amor que el Judaísmo y el Cristianismo adoptan, por ejemplo, es de hecho amor especial, porque es exclusivo; los intrusos en general no son bienvenidos. Curiosamente, Jesús usa el lenguaje de la religión, como en la imagen del altar, para describir la locura de la relación especial en la que el amor que refleja la Unidad del Cielo es suplantado por amor del ego que separa. El amor especial se establece a través del sufrimiento engendrado por el sacrificio y la adoración del cuerpo, siempre a expensas del perdón amoroso de nuestra mente correcta.

(VII.9:3) En sus iracundas alianzas, nacidas del miedo a la soledad, aunque dedicadas a la perpetuación de la misma, cada cual busca aliviar su culpabilidad haciendo que el otro se sienta más culpable. Necesitamos algo del uno del otro porque estamos solos, pero esto solo refuerza nuestra soledad porque no nos relacionamos verdaderamente con el otro. Simplemente nos relacionamos con objetos inventados de los que creemos que podemos conseguir algo. Esta relación es únicamente con el propósito de proyectar nuestra culpa en cada otro, lo que refuerza la premisa subyacente del ego de que estamos en un estado perpetuo de carencia, el principio de escasez que fomenta nuestros sentimientos de estar solo y de soledad.

(VII.9:4-7) Pues cada uno cree que eso mitiga su propia culpabilidad. El otro siempre parece estar atacándole e hiriéndole, tal vez con minucias, tal vez “inconscientemente”, mas nunca sin dejar de exigir sacrificio. La furia de los que se han unido en el altar del ego es mucho mayor de lo que te imaginas. Pero no te das cuenta de lo que el ego realmente quiere.

El objetivo del ego es el asesinato ("lo que el ego realmente quiere"), del cual no somos conscientes porque la culpa está más allá de lo que podríamos tolerar. Simplemente no nos permitimos saber que cada vez que nuestra necesidad nos impulsa a negociar con alguien, cometemos un asesinato en nuestras mentes, en última instancia creyendo que estamos robando la vida que el pecador nos quitó. Esta necesidad de protegernos de la culpa nos impulsa a buscar y encontrar asesinos en el mundo, porque entonces nuestra culpa recaería sobre ellos y el castigo sería su destino y no el nuestro. Una vez que los encontramos, buscamos matarlos antes de que nos maten: mata o te matarán, el contenido lleno de odio de uno u otro.

(VII.10:1-4) Cada vez que te enfadas, puedes estar seguro de que has entablado una relación especial que el ego ha "bendecido", pues la ira es su bendición. La ira se manifiesta de muchas formas, pero no puede seguir engañando por mucho tiempo a los que se han dado cuenta de que el amor no produce culpabilidad en absoluto, y de que lo que produce culpabilidad no puede ser amor, sino ira. La ira no es más que un intento de hacer que otro se sienta culpable, y este intento constituye

la única base que el ego acepta para las relaciones especiales. La culpabilidad es la única necesidad del ego, y mientras te sigas identificando con él, la culpabilidad te seguirá atrayendo.

Desde el punto de vista del ego, este pasaje es demasiado claro, ya que

expone la estrategia oculta del ego de hacer real la culpa de la mente, proyectarla en los cuerpos y luego justificar la acción a través de la ira.

A

nosotros no nos gusta mirar la primacía de la culpa (el otro nombre del pecado) en nuestro mundo personal y colectivo, porque hacerlo significa su

seguro deshacimiento, junto con los yoes separados que se basan en ella.

Sin embargo, es solo al mirar la oscuridad de la culpa que hemos hecho real, que podemos ir más allá de ella hacia la luz de la inocencia, nuestra verdadera realidad. Podemos resumir esta discusión diciendo que el perdón abre la puerta de la mente y permite que la luz sane, mientras que la ira la cierra de golpe y preserva la oscuridad de la culpa en la que el ego hace su hogar y donde siempre está a salvo.

(VII.10:5-6) Mas recuerda esto: estar con un cuerpo no es estar en comunicación. Y si crees que lo es, te sentirás culpable con respecto a la comunicación y tendrás miedo de oír al Espíritu Santo, al reconocer en Su Voz tu propia necesidad de comunicación. La comunicación es solo de la mente, ya que la mente es todo lo que existe.

Nuestra culpa por separarnos de la Fuente fundamental de comunicación nos lleva a huir al cuerpo en busca de protección de un Dios iracundo que creemos que amenaza con aniquilarnos por nuestro pecado contra Él. Esta creencia en la realidad del pecado, aunque es ilusoria, es sostenida por el cuerpo que nos sirve como recordatorio de nuestro pecado, ya que su finalidad es ser una defensa contra su efecto inevitable. El Espíritu Santo, la Voz del Dios amoroso, también simboliza nuestro pecado contra el Cielo, ya que es su amor el que creemos que atacamos. Además, el deseo de preservar nuestros separados yoes, aunque llenos de pecado y guiados por la culpa, nos hace luchar contra nuestra necesidad de la mentalidad-correcta de comunicarnos con la verdad de nuestra realidad.

(VII.11) El Espíritu Santo no puede enseñar valiéndose del miedo. ¿Cómo iba a poder, entonces, comunicarse contigo, mientras creas que comunicarte equivale a quedarte solo? Obviamente es una locura creer

que vas a ser abandonado si te comunicas verdaderamente. Sin embargo, son muchos los que creen esto. Pues creen que sus mentes tienen que ser algo privado, o, de lo contrario, las perderían, pero que si son únicamente sus cuerpos los que están juntos sus mentes siguen siendo suyas. La unión de los cuerpos se convierte, por lo tanto, en la forma de mantener la separación de las mentes. Pues los cuerpos son incapaces de perdonar. Sólo pueden hacer lo que la mente les ordena. Dado que el ego nunca quiere que escuchemos la Voz del Espíritu Santo

llamándonos a casa, porque eso significaría su desaparición definitiva, fomenta nuestro miedo al reforzar la creencia y la experiencia de la separación, el recordatorio de nuestro abandono original del Cielo.

Nuestra

atención se arraiga en el cuerpo como una defensa contra la mente atada por

el pecado, que el ego nos dice que es el medio de salvación – unirse con

otros en lo que él llama perdón y amor. El poder de la mente para elegir el

perdón genuino y la unión real, el verdadero medio de salvación, permanece

escondido detrás de la ilusión de las experiencias del cuerpo de placer, dolor

y su aparente autonomía, la mayor ilusión de todas:

(VII.12) La ilusión de que el cuerpo goza de autonomía y de que es capaz de superar la soledad es tan sólo una estratagema del ego para establecer su propia autonomía. Mientras creas que estar con otro cuerpo es tener compañía, te verás obligado a tratar de reducir a tu hermano a su cuerpo, y a confinarlo allí mediante la culpabilidad. Y te sentirás a salvo en la culpabilidad y en peligro cuando te comunicas. Pues el ego siempre enseña que la soledad se supera mediante la culpabilidad, y que la comunicación es la causa de la soledad. Y a pesar

de la evidente demencia de esta lección, son muchos los que la han aprendido.

La soledad intrínseca a una vida de separación tiene su origen en la mente,

la cual es el único lugar donde puede deshacerse. La estrategia del ego, que

ya conocemos bien, es proteger la decisión de la mente de estar sola,

proyectando la soledad en el cuerpo que ahora se ve como la fuente y la solución del problema, al ser autónomo de una mente de la que no recuerda nada. El especialismo viene al rescate del Hijo, ya que aparentemente lo une a otros cuerpos como una forma de superar el dolor de la soledad. Unirnos entre nosotros, sin embargo, es culpa, porque nos estamos uniendo a cuerpos separados, básicamente diciendo-les a nuestros socios especiales:

"Si me dejas, eres egoísta y cruel, y deberías sentirte culpable por tu pecado contra mí. Pero quédate conmigo y te recompensaré". La locura de fingir que esto es un acuerdo santo no impide que mantengamos la ilusión, lo que da como resultado el condenarnos a vidas de manipulación, conflicto y culpa - todo bajo el nombre de amor y comunicación. Un componente esencial de este juego de especialismo es el sacrificio (uno u otro), como ahora leemos:

(X.5:6-13) No ves otras alternativas, pues no puedes aceptar el hecho de que el sacrificio no aporta nada. El sacrificio es un elemento tan esencial en tu sistema de pensamiento, que la idea de salvación sin tener que hacer algún sacrificio no significa nada para ti. Tu confusión entre lo que es el sacrificio y lo que es el amor es tan aguda que te resulta imposible concebir el amor sin sacrificio. Y de lo que debes darte cuenta es de lo siguiente: el sacrificio no es amor, sino ataque. Sólo con que aceptases esta idea, tu miedo al amor desaparecería. Una vez que se ha eliminado la idea del sacrificio ya no podrá seguir habiendo culpabilidad. Pues si hay sacrificio, alguien siempre tiene que pagar para que alguien gane. Y la única cuestión pendiente es a qué precio y a cambio de qué.

Nuestra culpa exige que suframos y nos sacrifiquemos para expiar nuestro pecado – la expiación del ego – y cuando proyectamos la culpa, son otros los que deben sacrificarse: sufren a causa de nuestro pecado, y así que nuestra felicidad se compra a expensas de su sacrificio. La relación de amor especial sigue la regla de sacrificar lo menos posible para ganar el especialismo de la persona especial (la “perla de inestimable valor” de nuestra inocencia perdida [T-23.II.11:2]). La locura de este sistema de pensamiento del sacrificio (uno u otro) solo se compara con la locura de creer que esto es amable y amoroso, en lugar de ser la tapadera de la bondad y el amor del Espíritu Santo que se basa en el todo-inclusivo principio del perdón (juntos, o no en absoluto).

(X.6:1-4) Como anfitrión del ego, crees que puedes descargar toda tu culpabilidad siempre que así lo desees, y de esta manera comprar paz. Y no pareces ser tú el que paga. Y aunque si bien es obvio que el ego exige un pago, nunca parece que es a ti a quien se lo exige. No estás dispuesto a reconocer que el ego, a quien tú invitaste, traiciona únicamente a los que creen ser su anfitrión. Ésta es una descripción clásica de la proyección: no somos los culpables; otros lo son, y merecen pagar por su pecado, dejándonos en un estado de impecabilidad y paz. En esta locura, el precio de nuestra felicidad es el dolor y el sufrimiento de otros, y estamos más que felices de que ellos sean los que paguen. No tenemos recuerdo del dolor que realmente nos trae el hacer realidad la traición del ego (pecado y culpa) en nuestras mentes, y mantenerla allí, ya que no somos conscientes de que incluso tenemos una mente, y mucho menos una que puede elegir de manera diferente.

(XI.1:1-4) No temas reconocer que la idea del sacrificio no es sino tu propia invención, ni trates de protegerte a ti mismo buscando seguridad donde no la hay. Tus hermanos y tu Padre se han vuelto muy temibles para ti. Y estás dispuesto a regatear con ellos por unas cuantas

relaciones especiales, en las que crees ver ciertos vestigios de seguridad.

Ésta es la gran tragedia de nuestras vidas. Desechamos el banquete de amor que Dios nos proporcionó en nuestra creación y nos conformamos con algunas miserables migajas de especialismo. Creemos que estos "vestigios de seguridad" nos protegen de la inminente amenaza a nuestra existencia en la mente, donde el ego quiere hacernos creer que Dios está listo para destruirnos. Esto nos lleva a proyectar el sistema de pensamiento del ego en el cuerpo ("buscando seguridad donde no la hay") y entramos en tratos con el temido enemigo en el que cambiamos un fragmento de ilusión por algunas ayudas, por más insatisfactorias que estas puedan ser. Tiempo.

Pasemos ahora al uso del tiempo por parte del ego y a la corrección del Espíritu Santo. Hemos visto como el ego toma la trinidad pecado-culpamiedo (el cuadro de la mentalidad-errada del gráfico) y la proyecta, engendrando el pasado (pecado), el presente (culpa) y el futuro (miedo).

Este es el origen del tiempo lineal en el que se experimenta nuestro pecado pasado como culpa presente, exigiendo que el futuro nos castigue por el pasado pecaminoso. Este sistema cerrado y prohibido que es el sistema de pensamiento del ego, la mente y el mundo, se refleja en los siguientes pasajes:

(1.2:6-9) Todo el deterioro que el ego parece ocasionar se debe únicamente a tu identificación con el ego, que se vale del tiempo para reforzar su creencia en la destrucción. El ego, al igual que el Espíritu Santo, se vale del tiempo para convencerte de la inevitabilidad del objetivo y del final del aprendizaje. El objetivo del ego es la muerte, que es su propio fin. Mas el objetivo del Espíritu Santo es la vida, la cual no tiene fin.

Ten en cuenta el juego de palabra con fin, que se refiere a la conclusión de

algo, así como su propósito u objetivo. El uso del tiempo por parte del Espíritu Santo finalmente nos lleva a que ya no necesitemos un Maestro, habiendo aprendido las lecciones de perdón que nos llevan no sólo al final del aprendizaje sino al final del ego, nuestro objetivo. Una vez que nos identificamos con el ego, sin embargo, hacemos realidad su sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo que exige que dejemos nuestra mente y escapemos de la ira vengativa de Dios. La proyección fabrica un cuerpo que vive en el mundo de esta trinidad impía, transformada en tiempo lineal que nos aprisiona hasta que permitimos que el Espíritu Santo pueda liberarnos, devolviendo al Hijo de Dios a la vida eterna.

(I.3) El ego es un aliado del tiempo, pero no un amigo. Pues desconfía tanto de la muerte como de la vida, y lo que desea para ti, él no lo puede tolerar. El ego te quiere ver muerto, pero él no quiere morir. El resultado de esta extraña doctrina no puede ser otro, por lo tanto, que el convencerte de que él te puede perseguir más allá de la tumba. Y al no estar dispuesto a que ni siquiera en la muerte encuentres paz, te ofrece inmortalidad en el infierno. Te habla del Cielo, pero te asegura que el Cielo no es para ti. Pues, ¿qué esperanzas pueden tener los culpables de ir al Cielo?

Aquí vemos el origen de la extraña creencia de que el infierno es el castigo eterno de Dios para los pecadores. Esto solidifica el sistema de pensamiento del ego sobre el pecado, la culpa y el miedo mediante el uso del tiempo, y se alía con el mundo temporal con el propósito de hacernos daño. El infierno asegura la supervivencia perpetua del ego, mientras refuerza la creencia en la separación de la cual la muerte es el testigo consumado: el castigo real como consecuencia del pecado real. El Cielo podría existir, reconoce el ego, pero no para nosotros que hemos pecado contra él, para quienes Dios creó un infierno permanente.

(I.4:1-6) Creer en el infierno es ineludible para aquellos que se identifican con el ego. Sus pesadillas y sus miedos están asociados con él. El ego te enseña que el infierno está en el futuro, pues ahí es hacia donde todas sus enseñanzas apuntan. Su objetivo es el infierno. Pues aunque tiene por finalidad la muerte y la disolución, él mismo no cree en ello. El objetivo de muerte que ansía para ti, le deja insatisfecho. Dado que la culpa exige el castigo por el pecado de destruir el Cielo, ¿cuál

podría ser nuestro destino sino su opuesto? Incluso la muerte no es suficiente como castigo, sino que la condenación eterna es la que se adapta

perfectamente a su propósito. El infierno es el paso final en la historia de

terror del ego sobre la separación y la culpa, y, por lo tanto, cómo podríamos no temerle:

(I.4:7-16) Nadie que siga sus enseñanzas puede estar libre del miedo a la muerte. Sin embargo, si se pensase en la muerte simplemente como el

fin del dolor, ¿se le tendría miedo? Hemos visto antes esta extraña paradoja en el sistema de pensamiento del ego, pero nunca tan claramente como aquí. Pues el ego tiene que dar la impresión de que mantiene al miedo alejado de ti para conservar tu fidelidad. Pero tiene que generar miedo para protegerse a sí mismo. Una vez más, el ego intenta y lo logra con demasiada frecuencia, hacer ambas cosas, valiéndose de la disociación para mantener sus metas contradictorias unidas, de manera que parezcan estar en armonía. El ego enseña, por lo tanto, que la muerte es el final en lo que respecta a cualquier esperanza de alcanzar el Cielo. Sin embargo, puesto que tú y el ego no podéis estar separados, y puesto que él no puede concebir su propia muerte, te seguirá persiguiendo porque la culpabilidad es eterna. Tal es

la versión que el ego tiene de la inmortalidad. Y eso es lo que su versión

del tiempo apoya.

Jesús expone de nuevo el funcionamiento loco, aunque brillante, del sistema de pensamiento del ego. Conspira para nuestro encarcelamiento en

el mundo mental del pecado, la culpa y el miedo, traducido en tiempo lineal, pero mantiene sus maquinaciones secretas. Dice que su objetivo para

nosotros es escapar del miedo abandonando la mente y viviendo con seguridad en el cuerpo. Haciendo que olvidemos nuestra fuente en la mente,

el ego nos hace creer que nuestros cuerpos son la única realidad. Inevitablemente tememos a la muerte, sin saber que simplemente obedecemos los dictados de la culpa, y tememos incluso más bien, el infierno que se nos dice sigue a nuestra muerte física. No obstante, la muerte se podría considerar pacífica, ya que marca el final de nuestra "envoltura mortal", para citar a Hamlet de nuevo, si no fuera por la naturaleza "eterna" de nuestro yo culpable, sostenido por la versión del

tiempo del ego: un pasado pecaminoso, sostenido por un presente culpable,

que lleva a un temor futuro al castigo eterno.

(1.6; 7:6-7) ¡Cuán desolado y desesperante es el uso que el ego hace del

tiempo! ¡Y cuán aterrador! Pues tras su fanática insistencia de que el pasado y el futuro son lo mismo se oculta una amenaza a la paz todavía

más insidiosa. El ego no hace alarde de su amenaza final, pues quiere que sus devotos sigan creyendo que les puede ofrecer una escapatoria.

Pero la creencia en la culpabilidad no puede sino conducir a la creencia en el infierno, y eso es lo que siempre hace. De la única manera en que

el ego permite que se experimente el miedo al infierno es trayendo el infierno aquí, pero siempre como una muestra de lo que te espera en el

futuro. Pues nadie que se considere merecedor del infierno puede creer que su castigo acabará convirtiéndose en paz. ... Tal como el ego usa el

tiempo, es imposible liberarse del miedo. Pues el tiempo, de acuerdo con las enseñanzas del ego, no es sino un recurso de enseñanza para incrementar la culpabilidad hasta que ésta lo envuelva todo y exija eterna venganza.

Vemos de nuevo que el uso del tiempo por parte del ego refleja su propósito

para el pecado, la culpa y el miedo, reforzado por la creencia en el infierno.

Aunque estemos físicamente muertos – habiendo Dios exigido Su castigo y satisfecho Su maníaca venganza al arrebatarnos la vida – nos castigará aún más en el más allá. Cuando fabricamos el mundo, creemos en el infierno, incluso si es inconsciente, porque queremos que nuestra culpa descansa sobre otros para que la ira de Dios descansa sobre ellos. Sus pecados están escritos en el Cielo, y van delante de ellos, ya que Dios los condena al infierno (T-27.I.3:2). De hecho, todos necesitamos el infierno, como una vez la cuñada de Helen comentó, "por toda la gente a la que odio". Los gobiernos también piensan así, condenando a otras naciones a un infierno en la tierra del cual no escaparán. De esta manera, nosotros, como individuos y miembros de la sociedad vemos nuestros pecados secretos representados en personas percibidas como diferentes a nosotros, que ahora recibirán el castigo que tanto merecen. No hay forma de salir de este sistema de pensamiento de culpa, proyección, y venganza una vez que nos identificamos con el odioso ego, excepto cambiando nuestra mente y eligiendo al Espíritu Santo y Su propósito sanador para el tiempo: (I.1) ¿Puedes imaginarte lo que sería no tener inquietudes, preocupaciones ni ansiedades de ninguna clase, sino simplemente gozar de perfecta calma y sosiego todo el tiempo? Ése es, no obstante, el propósito del tiempo: aprender justamente eso y nada más. El Maestro de Dios no puede sentirse satisfecho con Sus enseñanzas hasta que éstas no constituyan lo único que sabes. Su función docente no se consumará hasta que no seas un alumno tan dedicado que sólo aprendas de Él. Cuando eso haya ocurrido, ya no tendrás necesidad de un maestro, ni de tiempo en el que aprender. Bajo la amorosa guía del Espíritu Santo, el propósito del tiempo es enseñarnos que no hay tiempo, y, por lo tanto, que no hay separación,

pecado, culpa o miedo. Lo que queda entonces es la paz que Jesús tiene para nosotros en nuestras mentes, la cual se hace plenamente presente cuando lo elegimos como nuestro maestro. El desafío aquí, como lo es a lo largo del trabajo con el Curso, es integrar su metafísica no-dualista (el mundo del tiempo y el espacio es una ilusión) con la práctica diaria de vivir en un mundo en el que el cuerpo parece muy real. Sólo cuando el perdón es completo y realmente sabemos que somos una mente, termina la necesidad de nuestro maestro mundano, porque lo habremos reconocido como un mero sueño que no tuvo ningún efecto sobre la majestuosa calma interna que es nuestro Ser (T-18.I.8:2).

(I.2:1-5) La razón del aparente desaliento del que tal vez padezcas es tu creencia de que ello toma tiempo y de que los resultados de las enseñanzas del Espíritu Santo se encuentran en un futuro remoto. Sin embargo, no es así, pues el Espíritu Santo usa el tiempo a Su manera, y no está limitado por él. El tiempo es Su amigo a la hora de enseñar. No causa deterioro en Él como lo hace en ti.

Una tentación de muchos estudiantes de Un Curso de Milagros es desanimarse en su actitud ante la enormidad de su ego, creyendo que les llevaría mucho, mucho tiempo deshacerlo. Sin embargo, esto es exactamente lo que el ego desea, porque establece el tiempo lineal como real, sin mencionar su origen en la creencia de la mente en la naturaleza atroz e irredimible del pecado. Sin embargo, nuestra elección por el instante santo, deshace el pasado pecaminoso y el futuro terrible, liberando el presente a la eternidad – ahora. Este es el significado de la enseñanza de Jesús de que podemos ahorrar miles de años con nuestra decisión actual de

reconocer la naturaleza ilusoria del sistema de pensamiento del ego y la

santa verdad del amable mensaje de la Expiación.

(I.7:1-5) El Espíritu Santo enseña, por lo tanto, que el infierno no existe. El infierno es únicamente lo que el ego ha hecho del presente.

La

creencia en el infierno es lo que te impide comprender el presente, pues

tienes miedo de éste. El Espíritu Santo conduce al Cielo tan

ineludiblemente como el ego conduce al infierno. Pues el Espíritu

Santo, que sólo conoce el presente, se vale de éste para desvanecer el miedo con el que el ego quiere inutilizar el presente.

La única "realidad" dentro de la ilusión es el instante santo o el presente

atemporal, que disuelve el loco sistema de pensamiento del pecado, la culpa

y el miedo del ego, y el mundo temporal que provino de él. El infierno de la

culpa desaparece en la luz resplandeciente del perdón que anuncia nuestro

regreso al Cielo. Por fin podemos ejercer el poder de decisión de nuestra

mente para elegir al Maestro del Cielo, el tema de la siguiente sección.

Decisión - elección.

Habiendo visto el horror de la elección por la pequeñez - la culpa, el especialismo y el asesinato - nos corresponde mirar abiertamente la evidencia de los sistemas de pensamiento del ego y del Espíritu Santo.

De

lo contrario no podemos tomar una decisión significativa. Comenzamos volviendo a "La pequeñez en contraposición a la grandeza".

(III.1:7-8) La pequeñez y la gloria son las únicas alternativas de que dispones para dedicarles todos tus esfuerzos y toda tu vigilancia. Y siempre elegirás una a expensas de la otra.

Esto expresa el miedo principal del ego. Cuando elegimos al Espíritu Santo,

que es la decisión por la gloria y la grandeza, estamos eligiendo contra la

pequeñez del ego. Esto asegura que él desaparecerá, el sentido de mentalidad-correcta para el principio de uno u otro. El significado último de

elegir la pequeñez como maestra es el ego flexionando sus músculos, proclamando – a menudo en voz baja – que es más grande que Dios porque ha forjado un yo y una realidad opuestos a los Suyos. No se necesita nada para reemplazar a este lamentable sustituto con la grandeza de nuestro verdadero Ser, el cual sigue inmutable ante el cambio del ego, reconociendo también la imposibilidad de la separación, junto con los fragmentos sombríos que parecían seguirla. Después de todo, la diminuta y alocada idea es diminuta por su pequeñez y alocada por su locura. Esta nunca sucedió, y en esa feliz comprensión, la gloria de nuestra grandeza vuelve a la conciencia.

(III.2) Sin embargo, de lo que no te das cuenta cada vez que eliges, es que tu elección es tu evaluación de ti mismo. Opta por la pequeñez y no tendrás paz, pues habrás juzgado que eres indigno de ella. Y cualquier cosa que ofrezcas como sustituto será un regalo de tan poco

valor que te dejará insatisfecho. Es esencial que aceptes el hecho – y que lo aceptes gustosamente – de que ninguna clase de pequeñez podrá

jamás satisfacerte. Eres libre de probar cuantas quieras, pero lo único que estarás haciendo es demorar tu retorno al hogar. Pues sólo en la grandeza, que es tu hogar, podrás sentirte satisfecho.

Jesús nos muestra el sistema de pensamiento del ego y sus horrores de especialismo, suplicándonos: “¿Es esto lo que realmente quieres? Mira los

regalos de paz y alegría que te ofrezco a cambio; nunca los encontraras en

el mundo del pecado, la culpa, el miedo y el ataque. Tu elección correcta es

inevitable, así que ¿por qué retrasarla y quedarte en el dolor? Elige ahora la

alegría, la paz y el Cielo en lugar del dolor, el conflicto y el infierno".

¿Quién en su mente correcta alguna vez encontraría difícil una elección así?

Recuerda esta maravillosa declaración que nuevamente leemos a medida que avanzamos en nuestra sinfonía: "A quien que esté respaldado por el Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre los milagros y el asesinato? (T-23.IV.9:8) La pequeñez homicida sólo puede traer miseria, mientras que el milagro de nuestra grandeza nos conduce inevitablemente a la paz que está más allá de este mundo y que es nuestro verdadero hogar.

(III.3:3-5) Tú que has encontrado la pequeñez que buscabas, recuerda esto: cada decisión que tomas procede de lo que crees ser, y representa el valor que te atribuyes a ti mismo. Si crees que lo que no tiene valor puede satisfacerte, no podrás sentirte satisfecho, pues te habrás limitado a ti mismo. Tu función no es insignificante y sólo podrás escaparte de la pequeñez hallando tu función y desempeñándola. Nuestra función en la tierra es perdonar, lo que libera nuestra mente de las cadenas de la culpa, devolviendo a la conciencia el recuerdo de nuestra función de creación en el Cielo. Para cumplir con nuestra función terrenal, todo lo que hay que hacer es mirar al ego abiertamente, sin intentar cambiarlo. Siempre que nos encontremos aferrándonos a las pajillas del especialismo, no necesariamente tenemos que parar, pero sí necesitamos no sentirnos culpables, dándonos cuenta, en cambio, que debajo de nuestro especialismo está la decisión de rechazar nuestra grandeza como Cristo y vernos como pequeños. Incluso mientras satisfacemos estas necesidades especiales, nuestros odios mezquinos y nuestros débiles intentos de placer, nos esforzamos por ser conscientes de que detrás de tal mezquindad se

esconde una autoimagen que hemos elegido en nuestra locura para hacerla real. Este simple reconocimiento, nacido de mirar al ego sin juzgarnos, nos permite elegir de nuevo - ser anfitrión de Dios en lugar de ser rehén del ego:

(X.9) No lograrás ser un rehén parcial del ego, pues él no cumple sus promesas y te desposeerá de todo. Tampoco puedes ser su anfitrión sólo

en parte. Tienes que elegir entre la libertad absoluta y la esclavitud absoluta, pues éstas son las únicas alternativas que existen. Has intentado transigir miles de veces a fin de evitar reconocer la única alternativa por la que te tienes que decidir. Sin embargo, reconocer esta

alternativa tal como es, es lo que hace que elegirla sea tan fácil. La salvación es simple, por ser de Dios, y es, por lo tanto, muy fácil de entender. No trates de proyectarla y verla como algo que se encuentra en el exterior. En ti se encuentran tanto la pregunta como la respuesta; lo que te exige sacrificio así como la paz de Dios.

Al hablarte, Jesús no se refiere al cuerpo o la personalidad, sino a la parte

tomadora de decisiones de la mente. Necesitamos ser conscientes de la

elección: libertad o esclavitud, paz o sacrificio, unidad o separación.

Una

vez más, cada vez que nos entretenemos con el especialismo en pensamientos, palabras o hechos, simplemente damos un paso atrás con

Jesús y vemos las declaraciones que hacemos sobre nosotros mismos, habiendo estado contentos con la nada en lugar de con el todo. Bajo la amable instrucción de nuestro maestro, retiramos nuestras proyecciones y

reconocemos que el problema no está afuera sino adentro. Además, llegamos a aceptar que no puede haber compromiso entre libertad y esclavitud; no puede haber nada parcial en la salvación porque no hay nada

parcial sobre Dios y Su Amor.

Mirar.

Volvemos al importante leitmotiv de mirar al ser sin juzgar, un tema que se encuentra en casi cada movimiento de nuestra sinfonía. Este primer pasaje reitera la importancia de no sentirse culpable debido a nuestros pensamientos de especialismo.

(IV.9:1-2) La condición necesaria para que el instante santo tenga lugar no requiere que no abrigues pensamientos impuros. Pero sí requiere que no abrigues ninguno que desees conservar.

Jesús nos implora de nuevo: "Se honesto conmigo y no trates de ocultar tus pensamientos egoístas. Yo sé que los tienes; y que tú, junto con todos los demás, son asesinos disfrazados, llenos de veneno y odio. Si buscas ocultar los pensamientos, deberás protegerlos a través del especialismo, el cual solo te hará más venenoso y más odioso. No te estoy diciendo que no tengas estos pensamientos, ni que deberías sentirte culpable por ellos, sino más bien te ruego que no me los ocultes. Cuando, en el instante santo, traes el odio de tu ego a mi amor, te enseñaré a mirarlo sin juzgar. No habrá necesidad de proyectar tu decisión en favor del ego, lo que significa que ya no reforzarás tu culpa. Esto permite que la culpa sea deshecha y que tu mente sane de sus errores".

(IV.9:3-5) La inocencia no es obra tuya. Se te da en el momento en que la desees. La Expiación no existiría si no hubiese necesidad de ella. Un Curso de Milagros no estaría aquí si no fuera necesario, así que no necesitamos fingir lo contrario. Somos uno en el pensamiento de que, si vamos a existir, Dios tiene que ser destruido, y, por lo tanto, nuestros pensamientos de culpa requieren una espiritualidad que devuelva la inocencia del Hijo de Dios a nuestra conciencia. La culpa y el juicio ocultan esta inocencia; el perdón los elimina suavemente y permite que nuestra

inherente pureza brille para que todos la vean.

(IV.9:6-10) No serás capaz de aceptar la comunicación perfecta mientras sigas queriendo ocul-tártela a ti mismo. Pues lo que deseas ocultar se encuentra oculto para ti. En tu práctica, por consiguiente, trata solamente de mantenerte alerta contra el engaño, y no trates de proteger los pensamientos que quieres negarte a compartir. Deja que la

pureza del Espíritu Santo los desvanezca con su fulgor, y concéntrate sólo en estar listo para la pureza que Él te ofrece. De esta manera, Él te

preparará para que reconozcas que eres un anfitrión de Dios y no un rehén de nada ni de nadie.

La palabra práctica se vuelve cada vez más importante a medida que hablamos del instante santo, porque necesitamos desarrollar el hábito de

pedir ayuda cada vez que notamos signos de culpa. Es esencial que no nos

engañemos a nosotros mismos acerca de esto, pretendiendo ser santos,

amorosos y compasivos cuando sentimos lo opuesto sobre nosotros y sobre

los demás. Jesús nos pide que seamos abiertos con los pensamientos de

nuestro ego, llevando su oscuridad a su luz, reconociendo tanto la libertad

de la prisión de la culpa del ego como nuestra pureza como el Hijo de Dios.

El siguiente pasaje continúa el tema de mirar nuestra culpa con una actitud

abierta, con ojos que no-juzgan:

(VII.3:1-2) La enfermiza atracción que ejerce la culpabilidad tiene que ser reconocida como lo que es. Pues al haberse convertido en algo real para ti, es esencial que la examines detenidamente, y que aprendas a abandonarla dejándote de interesar por ella.

Esta es otra declaración sucinta de la necesidad para considerar la "enfermiza atracción que ejerce la culpabilidad". Somos ayudados en este

esfuerzo para comprender nuestra perversa atracción por ella. La culpa

significa que la separación es real, y eso, nos atrae a encontrar la culpa en otro para poder liberarnos mágicamente de ella. Mantenemos nuestra identidad separada dando la culpa y responsabilizando a los demás por las vicisitudes de nuestra vida. Es esta dinámica que vemos con Jesús, la razón por la que gran parte de su curso se dedica a examinar las maquinaciones del ego. Al ayudarnos a no tener miedo del ego, aprendemos que ya no necesitamos complacernos ni negar sus pensamientos, sino simplemente mirarlo sin juzgarlo en nosotros mismos y en los demás.

(VII.3:3-4) Nadie abandonaría lo que considera valioso. Pero la atracción de la culpabilidad es algo valioso para ti debido únicamente a que no has examinado lo que es y, por lo tanto, la has juzgado completamente a ciegas.

Creemos que la culpa es maravillosa siempre que la veamos en los demás y, por lo tanto, no reconocemos su naturaleza, la cual nosotros, como egos, apreciamos. La culpa comienza con el pensamiento asesino de que destruimos a Dios y crucificamos a Su Hijo, y continúa con nuestra búsqueda de asesinar a todos los demás, acusándolos de nuestro pecado "original". Cuando veamos esta viciosa locura por lo que es, estaremos cada vez menos atraídos por ella y dejaremos de valorar sus regalos. Con esta percepción llena de luz es cómo cambiará el mundo y cómo terminará.

Sin embargo, primero tenemos que mirar la fealdad; de lo contrario no veremos la belleza de la mentalidad-correcta, oculta por el mundo oscurecido de la culpa, ni nuestra atracción enfermiza por un yo definido por ella.

(VII.3:5-7) A medida que la llevamos ante la luz, tu única pregunta será: "¿Cómo es posible que jamás la hubiese podido desear?" No tienes nada que perder si la examinas detenidamente, pues a una

monstruosidad como ésa no le corresponde estar en tu santa mente. Este anfitrión de Dios no puede estar realmente interesado en algo semejante.

Jesús nos dice que no tenemos nada que perder con mirar al ego, lo contrario a la advertencia del ego de que si miramos con Jesús no solo desaparecerá la culpa, sino también nuestro yo. Necesitamos recordar que el

ego no es una entidad independiente, sino la parte de la mente dividida que

se deleita en estar separada, en ser diferente y especial. Se deleita aún más

en la idea de castigar a otros por haber logrado esa identidad. Por eso nuestro hermano mayor nos dice: "No tienes que cambiar el ego ni dejarlo

ir, ni hacer ninguna cosa con él. Simplemente míralo conmigo, y una vez

que superes las náuseas te darás cuenta de la naturaleza ilusoria del ego.

Esto no puede suceder a menos que veas el ego por la nada que es".

De

hecho, el mundo que fabricamos se basa en el pensamiento de que no debemos mirar la culpa, y no tiene otro significado que ser una cortina de

humo que nos impida volver a la mente y a su poder de elección. Una vez

que volvamos y miremos dentro, el mundo habrá perdido su propósito y

desaparecerá. Esta mente sanada, una vez rehén del ego y su culpa, habrá

vuelto a albergar al Dios al que nunca abandonó realmente.

El siguiente pasaje continúa el párrafo que vimos anteriormente sobre la

"interminable e insatisfactoria cadena de las relaciones especiales"

(VII.4:6):

(VII.5:1-3) Ésa es la cadena que ata al Hijo de Dios a la culpabilidad, y la que el Espíritu Santo quiere eliminar de tu santa mente. Pues esta infame cadena no tiene por qué estar aprisionando a aquel que Dios Mismo ha elegido como Su Anfitrión, quien no puede convertirse a sí mismo en anfitrión del ego. En el nombre de su liberación y en el Nombre de Aquel Que desea liberarte, examinemos más

detenidamente las relaciones que el ego urde y dejemos que el Espíritu Santo las juzgue verdaderamente.

Necesitamos una relación con el Espíritu Santo porque es solo con Su amor

y Su reconfortante Presencia junto a nosotros que tendremos la fuerza para

mirar el feo salvajismo de la relación especial. Nosotros no debemos tener

miedo de mirarla, porque Él no nos puede ser útil si no lo invitamos a compartir Su percepción con nosotros. La decisión de albergar a Dios y no

al ego es la decisión de no tomar al ego en serio, lo cual hacemos dándole

poder para afectar nuestra paz.

(VII.5:4-5) Pues es indudable que si las examinas, se las ofrecerás gustosamente a Él. Lo que Él puede hacer de ellas tú no lo sabes, pero estarás dispuesto a averiguarlo si primero estás dispuesto a percibir lo que tú has hecho de ellas.

El Espíritu Santo transforma nuestras relaciones especiales porque Él cambia su contenido. La forma de la relación puede permanecer, lo que

significa que no necesitamos abandonarla, pero el propósito habrá cambiado de la culpa al perdón. No tenemos que entender lo que significa

no ser especial, sino que solo necesitamos saber que ya no deseamos los

dones de culpa y ataque que el ego nos ofrece como salvación. Este deshacimiento a través de la corrección del perdón del Espíritu Santo – no

tomando en serio la diminuta y alocada idea y cualquiera de sus fragmentos

sombríos – allana el camino para que entre el amor, transformando el contenido de todas nuestras relaciones desde la impiedad a la santidad.

Estas próximas declaraciones son cruciales. Seguir las nos mantendrá honestos con el Curso y en curso (perdón por el juego de palabras) en términos de nuestra relación con el Espíritu Santo, sin mencionar con el

entendimiento del significado del perdón:

(IX.2:1-2) Nuestra tarea consiste en continuar, lo más rápidamente

posible, el ineludible proceso de hacer frente a cualquier interferencia y de verlas a todas exactamente como lo que son. Pues es imposible que reconozcas que lo que crees que quieres no te ofrece absolutamente ninguna gratificación.

Jesús quiere mostrarnos el dolor inherente de lo que hemos querido, por eso

estaremos motivados a renunciar a él. Nuestra única tarea, por tanto, es

mirar con él. "Por esto es que me necesitas", dice, "no para proporcionarte

consejos específicos sobre cómo vivir (la forma), ya que eso no significa

nada, sino para ayudarte a mirar con los ojos abiertos interferencia de tu ego

(el contenido)". A lo largo de su curso, Jesús explica la dinámica de la culpa

y de las relaciones especiales, y aprendemos que lo que cambia de una

relación impía a una santa es la mente que mira sin juzgar la culpa y el salvajismo del ego. En lugar de concentrarse en la otra persona o en la relación en sí, miramos nuestra culpa sin tenerle miedo. Un mensaje personal para Helen de Jesús, después de que se completó la escritura del

Curso, puntualiza este tema central. Helen había preguntado a Jesús, qué

debería decirle a alguien que necesitaba ayuda. Su inesperada respuesta no

debería haber sido inesperada. Jesús le dijo a su escriba:

No puedes preguntar: "¿Qué le diré?", y escuchar la respuesta de Dios. Pide más bien, "Ayúdame a ver a este hermano a través de los ojos de la verdad y no del juicio", y la ayuda de Dios y todos Sus ángeles te responderá (Ausencia de Felicidad, p. 420).

Para reafirmar el mensaje, se nos pide que veamos el deseo de ser gratificados por el cumplimiento de nuestro especialismo, viéndolo por lo

que es: una forma inteligente de preservar la culpa que ya no queremos.

Esto "despeja los obstáculos que impiden experimentar la presencia del

amor" (T-in.1:7; cursiva omitida) y permite que "Dios y todos Sus ángeles"

puedan extenderse a través de nuestras mentes despejadas.

(X.4) En tus manos está hacer que esta época del año sea santa, pues en

tus manos está hacer que la hora de Cristo tenga lugar ahora. Es posible hacer esto de inmediato, pues lo único que ello requiere es un cambio de percepción, ya que únicamente consiste en un error.

Parecen

haber sido muchos, pero todos ellos son en realidad el mismo. Pues aunque el ego se manifiesta de muchas formas, es siempre la expresión

de una misma idea: lo que no es amor es siempre miedo, y nada más que miedo.

La "hora de Cristo" es una decisión, no un hecho externo, ya que el instante

santo nos permite mirar con Jesús en el sistema de pensamiento del ego y

desvelar su caldero de odio. Se nos pide que veamos que las múltiples formas del ego desmienten el único y loco pensamiento de culpa y miedo

del cual surgió el loco mundo. La salvación es simple, simplemente porque

solo hay un cambio que debe tener lugar, una sola decisión que se debe

tomar: en favor del amor y no del miedo.

La temporada a la que se hace referencia es la Navidad, y esta parte del

texto entrelaza magistralmente los símbolos Navideños con el tema del capítulo del instante santo, similar a lo que hará Jesús en el comienzo del

Capítulo 20 al entrelazar sus enseñanzas sobre el ataque y el perdón con los

temas de Pascua de espinas y azucenas, crucifixión y resurrección.

(X.5:1-3) No es necesario seguir al miedo por todas las tortuosas rutas subterráneas en las que se oculta en la obscuridad, para luego emerger

en formas muy diferentes de lo que es. Pero sí es necesario examinar cada una de ellas mientras aún conserves el principio que las gobierna a todas. Cuando estés dispuesto a considerarlas, no como

manifestaciones independientes, sino como expresiones de una misma idea, la cual ya no deseas, desaparecerán al unísono.

Debido a que el pensamiento del ego es uno, no es necesario examinar cada

fragmento. Podemos hacerlo, pero solo hasta que aprendamos a generalizarlos a todos como manifestaciones de la única decisión de la mente en favor del ego. En este pasaje, Jesús está dando un suave golpe al

método psicoanalítico de Freud de estudiar el contenido del inconsciente

reprimido ("subterráneo") y cómo se proyecta en el mundo ("emerger en

formas muy diferentes"). Jesús nos está enseñando que lo importante es

elegir el contenido de la mente, no el contenido ilusorio en sí mismo.

En

otras palabras, debemos centrarnos en por qué elegimos el ego, no en lo que

el ego es. ¿Cómo puede la nada ser un problema? Cuando se reconoce la

sencillez de la solución y elegimos de nuevo, el ego y sus formas cuasiinfinitas desaparecen de nuevo en su propia nada.

(X.6:5-8) El ego nunca te permitirá percibir esto, ya que este reconocimiento lo dejaría sin hogar. Pues cuando este reconocimiento alboree claramente, ninguna apariencia que el ego adopte para ocultarse de tu vista te podrá engañar. Toda la apariencia será reconocida tan sólo como una máscara de la única idea que se oculta tras todas ellas: que el amor exige sacrificio, y es, por lo tanto, inseparable del ataque y del miedo. Y que la culpabilidad es el costo del

amor, el cual tiene que pagarse con miedo.

Si viéramos a través de la estrategia del ego de la culpa y el odio, elegiríamos en contra de él, dejándolo sin hogar y como inexistente. Ya no

nos dejaríamos engañar por las variadas y atractivas formas del especialismo, sino que habríamos juzgado el único contenido subyacente a

todas ellas, reflejando nuestra decisión contra la culpa, el miedo y el sacrificio, y solo en favor del amor. El principio del ego de uno u otro (el hogar del sacrificio) sería silenciosamente reemplazado por el principio

sanador de Jesús de juntos, o no en absoluto, el corazón de la Expiación que deshace la loca creencia en la realidad de la separación. (XI.1:5-6) No sigas tratando de mantener tus pensamientos separados del Pensamiento que se te ha dado. Cuando aquellos se ponen al lado de Éste y se perciben allí donde realmente se encuentran, elegir entre ellos no es más que un dulce despertar, tan simple como abrir los ojos a la luz del día cuando ya no tienes más sueño. Ya hemos visto a Jesús describiendo el proceso de llevar las tinieblas a la luz con suaves términos evocadores como llamar con un leve susurro a la Expiación (T-14.IX.3:2) o "como si te estuviesen llevando en brazos por un plácido sendero en un día de verano" (T-14.IV.6:2). Habla aquí de un suave despertar, tan simple como abrir los ojos por la mañana para dar la bienvenida al nuevo día. La culpa y el miedo desaparecen, solo con el feliz pensamiento de perdón. Tomar esta decisión de mirar la fealdad del ego sin juzgar constituye el instante santo, la respuesta del Espíritu Santo a la relación especial. Este es el instante impío cuando nos alejamos de la Expiación y la culpa de la mente, y buscamos cuerpos o sustancias para satisfacer nuestras imaginadas necesidades. El instante santo invierte este proceso y mira sólo a la mente, viendo su impío contenido de culpa por lo que es. Pasamos ahora a los muchos pasajes que hablan de este bendito instante de salvación. El instante santo. (I.8:1-2) El Espíritu Santo quiere desvanecer todo esto ahora. No es el presente lo que da miedo, sino el pasado y el futuro, mas éstos no existen. Esto se refiere al uso del tiempo por parte del ego y su noción de castigo e

infierno, que se basa en la linealidad: un pasado pecaminoso, un “presente” culpable y un futuro temible. Sin embargo, el verdadero presente – ahora – es el instante santo, cuando volvemos a la mente atemporal para poder elegir de nuevo. El instante santo no es un concepto temporal, sino la experiencia de redirigir la atención del cuerpo a la mente (la vía del milagro), mirando al ego con el amor de Jesús a nuestro lado. Es elegir reunirse con este amor que deshace la separación que es el origen de todo miedo.

(I.8:3-7) El miedo no tiene cabida en el presente cuando cada instante se alza nítido y separado del pasado, sin que la sombra de éste se extienda hasta el futuro. Cada instante es un nacimiento immaculado y puro en el que el Hijo de Dios emerge del pasado al presente. Y el presente se extiende eternamente. Es tan bello, puro e inocente, que en

él sólo hay felicidad. En el presente no se recuerda la obscuridad, y lo único que existe es la inmortalidad y la dicha.

La inmortalidad y la dicha son ahora porque el instante santo es la ventana a

la eternidad. Por cierto, Jesús usa el término instante santo de dos maneras.

Generalmente se refiere a nuestra experiencia diaria de alternar entre los

instantes impíos del ego y los santos del Espíritu Santo. Sin embargo, a veces se refiere al instante santo como la consumación del proceso cuando

aceptamos la Expiación para nosotros mismos, los pequeños instantes santos que conducen al último y glorioso instante santo.

No hay culpa cuando elegimos el instante santo, porque hemos elegido contra el ego – hemos renunciado a ser nuestro propio maestro (T-12.V.8:3)

– y ahora nos embarcamos en el gozoso viaje de aprendizaje en el salón de

clases del Espíritu Santo que es nuestra vida personal. En el instante santo

no hay separación ni culpa, y, por lo tanto, no hay cuerpo ni especialismo.

Hemos elegido un Maestro diferente y un propósito diferente para nuestro aprendizaje mientras abandonamos felizmente el ego y todo en el cuadro de la mentalidad-errada del gráfico, así como sus proyecciones al mundo. Todo lo que queda refleja el amor del Cielo, y ese amor está presente como un recuerdo incluso cuando tenemos miedo y elegimos estar en el mundo de oscuridad del ego.

(1.9:1-4) Esta lección no requiere tiempo para aprenderse. Pues, ¿qué es el tiempo sin pasado ni futuro? El que te hayas descarriado tan completamente ha requerido tiempo, pero ser lo que eres no requiere tiempo en absoluto. Empieza a usar el tiempo tal como lo hace el Espíritu Santo: como un instrumento de enseñanza para alcanzar la paz y la felicidad.

La felicidad y la paz no se encuentran en el instante impío, el cual conduce a la relación impía (especial), sino solo cuando dejamos atrás la impiedad y recordamos que somos el Hijo de Dios en la grandeza, no el hijo del ego en la pequeñez. Al elegir un Maestro diferente, sentiremos una alegre liberación porque la carga de la culpa será menor, como cuando una nube comienza a disiparse y permite que el sol brille a través de ella.

Cuando no practicamos el instante santo, es por miedo a no sentir culpa, lo que nos lleva a enfermarnos, deprimirnos, enojarnos y depender de otros para sentirnos bien. Necesitamos aprender que cuando estos sentimientos surgen, no se deben a lo externo – por ejemplo, lo que otro ha dicho o hecho – sino porque le teníamos miedo a la luz. Esto hace que retrocedamos, como cucarachas, a la oscuridad del mundo protector de culpa y especialismo del

ego. El tiempo, entonces, se experimenta como una prisión, en lugar de como un aula en la que lo usamos para aprender que no hay tiempo, ya que el mundo intemporal de lo eterno no ha sido comprometido por pensamientos imposibles que nunca sucedieron en la realidad. Nota el juego de palabras con tiempo en el pasaje anterior.

(I.9:5-7) Elige este preciso instante, ahora mismo, y piensa en él como si fuese todo el tiempo que existe. En él nada del pasado te puede afectar, y es en él donde te encuentras completamente absuelto, completamente libre y sin condenación alguna. Desde este instante santo donde tu santidad nace de nuevo, seguirás adelante en el tiempo libre de todo temor y sin experimentar ninguna sensación de cambio con el paso del tiempo.

Recuerda mi comentario anterior en el Capítulo 13 (ver bajo VI.4:8) que el concepto del Curso de nacer de nuevo difiere del fundamentalismo. Jesús simplemente quiere decir que elegimos de manera diferente. Nacimos la primera vez que elegimos el ego, y renacemos cuando revertimos esa elección y elegimos en favor del Espíritu Santo. Así nos liberamos de la prisión del tiempo del ego en la que estábamos encadenados al sistema de pensamiento proyectado del pecado, la culpa y el miedo que nos ancló en el mundo temporal del pasado, presente y futuro. Sin estar sujetos a las crueles leyes de cambio y muerte del tiempo, podemos dejar que el amor eterno del Creador fluya a través de nuestras mentes y cuerpos para abrazar un mundo limitado por el ataque y el miedo.

(I.11) Si sientes la tentación de desanimarte pensando cuánto tiempo va a tomar cambiar de parecer tan radicalmente, pregúntate a ti mismo:

“¿Es mucho un instante?” ¿No le ofrecerías al Espíritu Santo un intervalo de tiempo tan corto para tu propia salvación? Él no te pide nada más, pues no tiene necesidad de nada más. Requiere mucho más tiempo enseñarte a que estés dispuesto a darle a Él esto, que lo que Él tarda en valerse de ese ínfimo instante para ofrecerte el Cielo en su totalidad. A cambio de ese instante, Él está listo para darte el recuerdo de la eternidad.

Jesús pregunta: “¿Por qué no elegirías el instante santo, cuando este te llevará a casa?” Es crucial el reconocer que elegimos los instantes impíos de

especialismo porque tememos a la luz, diciéndonos a nosotros mismos: “¿Quién sería yo sin mi culpa, mi enojo o mi pasado victimizado?

¿Quién

sería yo sin ...?” Y podemos llenar los espacios en blanco con nuestras experiencias específicas. Jesús nos invita a mirar nuestra resistencia con

ojos que no ven el velo tenebroso de la culpa, y ver qué tan rápido corremos

hacia nuestros "amigos" – pecado, sacrificio y relaciones especiales – cuando la "amenaza" de la eternidad se cierne sobre el horizonte de nuestra

mente. Sin embargo, todo lo que necesitamos hacer es "darle una señal de

asentimiento a Dios" (T-24.VI.12:4), y la Presencia del Espíritu Santo en nuestra mente hará el resto, recordándonos nuestra Identidad como el inmortal Hijo de Dios.

(I.12:1-3) Mas nunca le podrás dar al Espíritu Santo ese instante santo en favor de tu liberación, mientras no estés dispuesto a dárselo a tus hermanos en favor de la suya. Pues el instante de la santidad es un instante que se comparte, y no puede ser sólo para ti. Cuando te sientas

tentado a atacar a un hermano, recuerda que su instante de liberación es el tuyo. Los milagros son los instantes de liberación que ofreces y que

recibirás. Dan testimonio de que estás dispuesto a ser liberado y a ofrecerle el tiempo al Espíritu Santo a fin de que Él lo use para Sus propósitos.

Ciertamente estamos familiarizados con este tema de la inclusión-total, el

sello distintivo de la relación santa. No podemos elegir el instante santo sin elegirlo para la Filiación como un todo: juntos, o no en absoluto. Cualquiera otra cosa reflejaría las sutilezas del especialismo del ego y su refuerzo de la separación. Practicamos con cada instante impío de ataque, haciendo una elección diferente al elegir un Maestro diferente y Su sistema de pensamiento diferente. Aprendemos que, dado que las mentes están unidas, cómo elegimos ver a otro es cómo elegimos vernos a nosotros mismos. En el Capítulo 20 leeremos que “al arca de la paz se entra de dos en dos” (T20.IV.6:5). No podemos encontrar la paz sin que nuestras mentes traigan a nuestros hermanos con nosotros: juntos, o no en absoluto. En los dos párrafos siguientes, la frase “¿Cuánto dura un instante?” del párrafo 11 se repite como un motivo musical: (I.13) ¿Cuánto dura un instante? Dura tan poco para tu hermano como para ti. Practica conceder ese bendito instante de libertad a todos aquellos que están esclavizados por el tiempo, haciendo así que para ellos se convierta en su amigo. Mediante tu dación, el Espíritu Santo te da a ti el bendito instante que tú les das a tus hermanos. Al tú ofrecerlo, Él te lo ofrece a ti. No seas reacio a dar lo que quieres recibir de Él, pues al dar te unes a Él. En la cristalina pureza de la liberación que otorgas radica tu inmediata liberación de la culpabilidad. Si ofreces santidad no puedes sino ser santo. El tema continúa. Nuestra elección por Dios no espera en el tiempo, sino a nuestra decisión, y una que tomamos con todos nuestros hermanos, sin excepción. Si deseamos recordar nuestra santidad como Hijo de Dios, debemos ver la misma santidad en todos – buenos y malos, impecables y pecadores, víctima y victimario. En nuestro día a día las experiencias nos ofrecen amplias oportunidades para la práctica del perdón, porque así es

como aprendemos que el instante santo está destinado a todos nosotros: el inocente Hijo de Dios que habita en la eternidad como uno, así como es uno con su Creador.

(I.14) ¿Cuánto dura un instante? Dura el tiempo que sea necesario para re-establecer la perfecta cordura, la perfecta paz y el perfecto amor por todo el mundo, por Dios y por ti; el tiempo que sea necesario para recordar la inmortalidad y a tus creaciones inmortales que la comparten contigo; el tiempo que sea necesario para intercambiar el infierno por el Cielo. Dura el tiempo suficiente para que puedas trascender todo lo que el ego ha hecho y ascender hasta tu Padre. Este es un ejemplo del instante santo consumatorio, que no se puede alcanzar hasta que practiquemos los pequeños instantes santos. Cada vez

que nos encontramos enojados y molestos (odio especial), o regocijados y triunfantes (amor especial), debemos reconocer que esto no es lo que realmente queremos. No es necesario cambiar nuestro comportamiento, sino simplemente ver lo que hemos hecho. Sopesamos las dos opciones: la decisión por la pequeñez del especialismo, en la que nos conformamos con retazos de mezquindad y miedo, en contraposición a la decisión por la grandeza del perdón y la paz de Dios. Nos preguntamos qué es lo que queremos creer sobre nosotros mismos y lo que realmente deseamos – el

Ser o el ser, la paz o la guerra – porque lo que deseamos nos traerá la mortalidad del infierno o la inmortalidad del Cielo.

(I.15:1-5,10-11) El tiempo es tu amigo si lo pones a disposición del Espíritu Santo. Él necesita muy poco para restituirte todo el poder de Dios. Aquel que trasciende el tiempo por ti, entiende cuál es el propósito del tiempo. La santidad no radica en el tiempo, sino en la eternidad. Jamás hubo un solo instante en el que el Hijo de Dios pudiese haber perdido su pureza. ... Da el instante eterno, para que en ese radiante instante de perfecta liberación se pueda recordar la eternidad por ti. Ofrece el milagro del instante santo por medio del Espíritu Santo, y deja que sea Él Quien se encargue de dártelo a ti.

Estas son declaraciones importantes que se repiten en nuestra sinfonía.

Debemos llevar las tinieblas a la luz, mirando nuestra culpa con Jesús.

Al

hacer esto, la luz de la santidad se extiende a través de nosotros porque la

oscuridad ya no está ahí para interferir. De qué manera nuestra elección por

la luz – el milagro, el perdón, la santidad – se extiende a través de nosotros

no es nuestra preocupación. Dejamos esta extensión del instante santo a

Jesús, ya que nuestra tarea es solo tener la "pequeña dosis de buena voluntad" para mirar la interferencia y ver cuánto no queremos la salvación,

sino que queremos salvar nuestra culpa al negar el perdón a nuestros hermanos. Además, sabemos que el especialismo se ha involucrado cuando

estamos comprometidos con el resultado de nuestra decisión de perdonar,

queriendo ver los efectos directos de nuestro trabajo espiritual, ya sea en

nosotros mismos o en los demás.

(II.2:1-3) No permitas que el tiempo sea motivo de preocupación para ti, ni tengas miedo del instante de santidad que ha de eliminar todo vestigio de miedo. Pues el instante de paz es eterno precisamente porque está desprovisto de miedo. Dicho instante llegará, ya que es la lección que Dios te da a través del Maestro que Él ha designado para transformar el tiempo en eternidad.

Tememos al instante santo porque devuelve nuestra atención del cuerpo a la

mente, la cual tiene el poder de elegir contra el yo individual y especial que

creemos que es nuestra identidad. Este yo es nutrido, alimentado y preservado en el mundo del tiempo; la eternidad, entonces, debe ser percibida como amenazante. Sin embargo, bajo la suave guía de nuestro

Maestro, el milagro disuelve lentamente el miedo hasta que podemos aceptar su transformación de los resentimientos en perdón, del especialismo

en santidad y del tiempo en eternidad.

Nuestro maestro compositor presenta ahora una variación de su motivo de

¿cuánto dura un instante?:

(II.3:1-5) ¿Cuánto se puede tardar en llegar allí donde Dios quiere que estés? Pues ya estás donde siempre has estado, y donde has de estar eternamente. Todo lo que tienes, lo tienes para siempre. El instante bendito se extiende para abarcar al tiempo, del mismo modo en que Dios se extiende a Sí Mismo para abarcarte a ti. Tú que te has pasado días, horas e incluso años encadenando a tus hermanos a tu ego a fin de

apoyarlo y proteger su debilidad, no percibes la Fuente de la fortaleza. Jesús habla de todos nosotros, aunque estas palabras fueron originalmente

destinadas a Helen y Bill. Ya que nosotros hemos encadenado a nuestros

hermanos a la culpa de nuestro ego, como ellos nos han encadenado a los

suyos, estos lazos de odio hacia uno mismo y de odio a los demás se desvanecen suavemente en el instante santo. Su aparente fuerza se disuelve

en presencia de la Fortaleza de Dios, y sólo se necesita un instante de buena

voluntad para recordar que, a pesar de los sueños de exilio del ego, permanecemos en casa en nuestro Creador y Fuente.

(II.3:6-4:1) En este instante santo liberarás a todos tus hermanos de las cadenas que los mantienen prisioneros y te negarás a apoyar su debilidad o la tuya.

No te das cuenta de cuán desacertadamente has utilizado a tus hermanos al considerarlos fuentes de apoyo para el ego.

Maltratamos a los demás haciéndolos pequeños, usándolos para satisfacer

nuestras imaginadas necesidades, todas las cuales están basadas en vernos a

nosotros mismos como pequeños. En este instante profano de carencia y de

necesidades percibidas, en el que usamos a otros para reforzar el sistema de

pensamiento del ego de separación y pérdida, todos pierden y nadie gana.

En el instante santo, sin embargo, el Hijo de Dios gana como uno,
porque
así es y será por siempre.

(II.4:2) En tu percepción, por lo tanto, ellos dan testimonio del ego, y
parecen darte motivos para que no los abandones.

Para preservar nuestra cara de inocencia, necesitamos que otros nos
proporcionen razones para aferrarnos al ego. En consecuencia,
estamos

agradecidos cuando nos abandonan o nos traicionan, o somos
insensibles y

desagradables, porque esto nos permite justificar la identidad de
nuestro ego

y las diversas defensas de especialismo que empleamos para
protegerlo.

(II.5) Aún no has tenido la experiencia del instante santo. Pero la
tendrás y la reconocerás con absoluta certeza. Ningún regalo de Dios
se

reconoce de otra manera. Puedes practicar el mecanismo del instante
santo y aprender mucho de ello. Mas no puedes suplir su deslumbrante
y reluciente fulgor, que literalmente te cegará sólo con que lo veas,
impidiéndote ver este mundo. Y todo ello se encuentra aquí, en este
mismo instante, completo, consumado y plenamente otorgado.

Jesús reúne los "dos" instantes santos. Nuestra práctica diaria de la
"mecánica del instante santo", el perdón, acelera el momento en que
podemos estar ante los regalos de Dios sin temor y aceptar su
resplandor

como el nuestro. Ese instante santo nos espera pacientemente,
sabiendo que

la aceptación es solo cuestión de tiempo. La certeza con la que
reconoceremos este resplandeciente y brillante instante de cordura, su
paz

inconfundible, refleja la certeza del resultado de nuestro logro, el cual
es tan

seguro como Dios (por ejemplo, ver T-2.III.3:10; T-4.II.5:8).

(II.6:1-3) Empieza ahora a desempeñar el pequeño papel que te
corresponde en el proceso de aislar el instante santo. Recibirás
instrucciones muy precisas a medida que sigas adelante. Aprender a
aislar este segundo y a experimentarlo como algo eterno, es empezar
a

experimentarte a ti mismo como que no estás separado.

A medida que aprendemos a través del instante santo a ver los intereses de los demás como no separados de los nuestros, nos damos cuenta de que no estamos separados de nuestro Creador. Este aprendizaje requiere mucha práctica, por eso Jesús lo enfatiza aquí, sin mencionar que le dedica su libro de ejercicios. Las "instrucciones muy precisas" se relacionan con nuestras lecciones específicas de perdón que vienen dentro de las relaciones especiales, sobre las cuales le pedimos ayuda a Jesús a verlas de otra manera.

(II.6:4-9) No tengas miedo de que no se te vaya a ayudar en esto. El Maestro de Dios y Su lección respaldarán tu fortaleza. Es solo tu debilidad lo que se desprenderá de ti cuando comiences a practicar esto, pues al hacerlo experimentarás el poder de Dios en ti. Utilízalo, aunque sea por un instante, y nunca más lo negarás. ¿Quién puede negar la Presencia de aquello ante lo cual el universo se inclina con júbilo y agradecimiento? Ante el reconocimiento del universo que da testimonio de Ella, tus dudas no pueden sino desaparecer. El título de la sección anterior es "El final de las dudas". Por la práctica de

ver nuestros intereses como compartidos con otros, recordamos al único Hijo de Dios y ya no dudamos de nuestra Identidad dentro del universo del espíritu que es el Ser. Elegimos entre nuestra debilidad o pequeñez y la grandeza de la fortaleza. Al contrario de las mentiras del ego, al escuchar la verdad del Espíritu Santo no perdemos nada más que las ilusiones de quiénes somos.

(IV.1:1) Es posible aprender este curso inmediatamente, a no ser que creas que lo que Dios dispone requiere tiempo. Las personas que dicen que Un Curso de Milagros es demasiado difícil de aprender nunca lo harán, porque realmente están diciendo que no quieren la salvación que promete ahora. Mientras que el deshacimiento del ego toma

sólo un instante, ya que existe sólo debido a la decisión de la mente atemporal, la elección de la mentalidad-correcta no se logra sin práctica y disciplina. Es imperativo tener en cuenta que Jesús no dice que dejemos ir al ego, ni que neguemos nuestra existencia física aquí. Sólo nos pide que miremos el sistema de pensamiento del ego con él, porque de lo contrario, no entenderemos la simplicidad del problema y la simple respuesta proporcionada por su simple curso: (IV.6:1-2) La razón de que este curso sea simple es que la verdad es simple. La complejidad forma parte del ámbito del ego y no es más que un intento por su parte de querer nublar lo que es obvio. No entendemos el camino de Jesús porque nos gusta que las cosas sean complicadas. Su simplicidad puede ser vista capítulo tras capítulo, porque su mensaje de perdón es el mismo: mirar al ego sin juicio. Solo nuestra resistencia hace que esta simple tarea parezca muy difícil, si no imposible, de aprender. Jesús no dice: "Descarta tu especialismo", ni pide que analicemos su compleja dinámica. Pero nos suplica: "Por favor, mira la relación especial conmigo para que pueda mostrarte la culpa que elegiste y el amor contra el que todavía estás eligiendo. Déjame ayudarte a mirar más allá de las complejidades del sistema de pensamiento del ego en la forma, para que juntos podamos hacer brillar la lámpara de la verdad en el simple error de la mente en el contenido. Al hacerlo, aprenderás a recordar la elección en favor de la Expiación en lugar de la separación". (IV.8:6) Pues dar el instante santo así como recibirlo requiere la misma dosis de buena voluntad, al ser la aceptación de la única Voluntad que gobierna todo pensamiento. Todo lo que requiere el instante santo es la voluntad única y sencilla de recibirlo, tal como nos fue dado. Reflejando la Voluntad Uno del universo,

nuestros pensamientos y acciones tienen un propósito: mirar las pesadillas del ego por las ilusiones que son y elegir de nuevo, para que podamos despertar de los sueños de separación y muerte. Sin embargo, en nuestro miedo nos aferramos a la complejidad del ego y huimos de la simplicidad del instante santo, retrasando su llegada, como nos informa este siguiente

pasaje:

(IV.1:2-9) Y esto sólo puede significar que prefieres seguir demorando reconocer el hecho de que lo que Su Voluntad dispone ya se ha cumplido. El instante santo es este mismo instante y cada instante. El que desees que sea santo lo es. El que no desees que lo sea, lo desperdicias. En tus manos está decidir qué instante ha de ser santo. No

demores esta decisión, pues más allá del pasado y del futuro, donde no podrías encontrar el instante santo, éste espera ansiosamente tu aceptación. Sin embargo, no puedes tener una conciencia feliz de él mientras no lo desees, pues encierra dentro de sí la liberación total de la pequeñez.

La conclusión es que tenemos que querer el instante santo. Un Curso de

Milagros nos ayuda a comprender por qué no lo queremos. Es importante

que no nos condenemos a nosotros mismos cuando juzgamos a los demás o

complacemos a nuestro especialismo. Necesitamos ser honestos con Jesús

al ver el ego vicioso, sórdido y asesino, porque sólo entonces podemos darnos cuenta de que realmente no es nada. Sin embargo, no conoceremos

su nada hasta que primero reconozcamos la naturaleza de nuestras relaciones especiales. El mundo se basa en el pensamiento cuidadosamente

oculto (nuestros "pecados secretos y odios ocultos" [T-31.VIII.9:2]) de que

somos unos asesinos venenosos, y facilitar el reconocimiento de la nada del

ego, es ser consciente de cuánto no queremos verlo. Mirar con los ojos abiertos nos permite penetrar nuestra resistencia y movernos más allá de la

fijación del ego sobre el pasado y el futuro – la atracción hacia la pequeñez

– liberando el amor del instante santo que pacientemente ha esperado nuestro más sincero deseo por su grandeza.

(V.1:1-3) El instante santo es el recurso de aprendizaje más útil de que dispone el Espíritu Santo para enseñarte el significado del amor. Pues su propósito es la suspensión total de todo juicio. Los juicios se basan siempre en el pasado, pues tus experiencias pasadas constituyen su base.

El instante santo es el recurso de aprendizaje más útil de que dispone el

Espíritu Santo porque es simple: solo necesitamos mirar el ego sin juzgar.

Así desaparece, dejando solo el amor que siempre ha sido. Esto es más fácil

decirlo que hacerlo, ya que todo concepto de nosotros mismos se basa en el

juicio, sin el cual este yo aparentemente sólido, para citar a Hamlet una vez

más, “¡Ojalá que esta carne tan firme, tan sólida, se fundiera y derritiera

hecha rocío!” (I,v). Aun así, nuestra dedicación al perdón elimina suavemente la necesidad de sentir culpa y atacar, deshaciendo el pasado y

dejando que el amor alboree en nuestras mentes no juzgadoras. Y luego el

tiempo lineal, tan real para nosotros como es el cuerpo, “Se contraerá en un

instante santo y desaparecerá” (“Long Darkness”, The Gifts of God, pág.69)

(“Larga oscuridad”, Los Regalos de Dios).

(V.1:4-7) Es imposible juzgar sin el pasado, pues sin él no entiendes nada. Por lo tanto, no intentarías juzgar porque te resultaría obvio que no entiendes el significado de nada. Esto te da miedo porque crees que sin el ego, todo sería caótico. Mas yo te aseguro que sin el ego, todo

sería amor.

Nuestro miedo es tan intenso porque en la presencia del amor nuestras identidades separadas y especiales no existen. El juicio preserva el ego porque se basa en el pecado de separación, que es siempre del pasado. El

pecado, el pasado y el juicio son lo mismo, porque los juicios basados en el

pasado son simplemente formas del contenido del pecado, la raíz de nuestra

identidad separada y caótica. En el instante santo no puede haber pasado

porque no hay creencia en la separación o el pecado. Entonces, ¿cómo podría haber juicio? ¿Y podría estar ausente el verdadero entendimiento?

(V.2:1) El pasado es el principal recurso de aprendizaje del ego, pues fue en el pasado cuando aprendiste a definir tus propias necesidades y cuando adquiriste métodos para satisfacerlas de acuerdo con las condiciones que tú mismo habías fijado.

Así es nuestra vida aquí: creemos que tenemos ciertas necesidades que

requieren tácticas de especialismo para satisfacerlas. Y estos métodos, nuestros patrones de defensa, definen quiénes somos. Se desarrollaron con

el tiempo y creemos que nuestras heridas pasadas continúan definiéndonos,

requiriendo un abrazo continuo al arsenal de culpa y ataque. Hemos crecido

como criaturas especiales, con nuestras vidas corporales dictadas por estas

necesidades del ego que permanecen ocultas bajo las diversas formas de la

relación especial de la mente con el ego. Estas relaciones externas se convierten en el plan de estudios que Jesús usa para enseñarnos sus lecciones de perdón: la relación santa.

La relación santa.

La relación santa es una extensión del instante santo, la relación especial

vista a través la visión y purificada del propósito de culpa del ego. La relación santa no es una cosa o un evento, sino un proceso, que no tiene

nada que ver con la forma o el comportamiento. Es un cambio de propósito,
cuando al menos una de las dos personas en una relación elige el instante
santo, mirando la culpa de la mente a través de los ojos del perdón del Espíritu Santo. En su prístina simplicidad, el instante santo es el deshacimiento de la relación especial del tomador de decisiones de la mente
con el ego al elegir entrar en una relación santa con Jesús.
(V.4:5-6) El Espíritu Santo en Su función de Intérprete de lo que has hecho, se vale de las relaciones especiales, que tú utilizas para apoyar al
ego, para convertirlas en experiencias educativas que apunten hacia la verdad. Siguiendo Sus enseñanzas, todas las relaciones se convierten en
lecciones de amor.
Sin la enseñanza del Espíritu Santo, toda relación es una lección de culpa.
Al elegirlo como nuestro Maestro, sin embargo, la relación refleja la verdad
del amor, no las ilusiones de amor del ego. Para hacer este cambio, todo lo
que necesitamos es nuestra voluntad de mirar abierta y honestamente las
mentiras que el ego nos dice sobre las causas del placer y del dolor. Esto
hace posible que nuestras mentes retiren su apoyo al sistema de pensamiento del ego y refuercen el proceso de identificación con la verdad
amorosa de quiénes somos nosotros y nuestros hermanos.
(V.5:1) El Espíritu Santo sabe que nadie es especial.
Nadie es especial porque todos somos iguales. El especialismo tiene significado solo dentro de un universo de diferencias y contrastes:
alguien
es más o menos especial que otro; nuestras vidas contienen ciertos días o
eventos que contrastan significativamente con otros; ciertas situaciones o
circunstancias son diferentes en cómo contribuyen a nuestra felicidad o

dolor. El problema no es que tengamos estas diferentes percepciones de las diferencias, sino que nos las tomamos en serio, utilizando sin saberlo, sus

especiales y diversas formas para reflejar el contenido subyacente de separación y exclusión del ego.

(V.5:2) Mas Él percibe también que has entablado relaciones especiales,

que Él desea purificar y no dejar que destruyas.

La purificación, o el milagro, no involucra lo externo, sino solo el propósito

de la mente: cambiar la motivación del tomador de decisiones desde la destrucción hasta la salvación. En el que se convertirá en un importante

tema de nuestra sinfonía, el Espíritu Santo no elimina nuestras relaciones

especiales en la forma, sino que simplemente nos ayuda a cambiar su contenido de la culpa al perdón. Esto significa que nos permitimos aprender

que nuestra angustia o felicidad no proviene de las relaciones especiales del

cuerpo, sino únicamente de la decisión equivocada de la mente por el ego.

(V.5:3-8) Por muy profana que sea la razón por la que las entablaste, Él puede transformarlas en santidad, al eliminar de ellas tanto miedo como le permitas. Puedes poner bajo Su cuidado cualquier relación y estar seguro de que no será una fuente de dolor, si estás dispuesto a ofrecérsela a Él para que no apoye otra necesidad que la Suya. Toda la culpabilidad que hay en tus relaciones especiales procede del uso que haces de ellas. Todo el amor, del uso que Él hace de ellas. No temas, por

lo tanto, abandonar tus imaginadas necesidades, las cuales no harían sino destruir la relación. De lo único que tienes necesidad es de Él.

Nuevamente, Jesús habla solo del propósito que le damos a la relación, no

de su expresión corporal. Es importante reconocer que él no puede hacer el

cambio por nosotros; es nuestra responsabilidad elegirlo como nuestro maestro, porque nuestra elección por el ego reforzó la elección original de

la mente contra el amor, la fuente de toda culpa y dolor. Sin embargo, cuando permitimos que Jesús vuelva a nuestras mentes, reconocemos que él

era nuestra única necesidad, y así su amor se convierte automáticamente en

la extensión de la mente, abarcando a todas las relaciones como una: una necesidad, un amor, un Hijo.

(V.8:11-9:3) Todo el mundo aquí en la tierra ha entablado relaciones especiales, y aunque en el Cielo no es así, el Espíritu Santo sabe cómo infundirlas de un toque Celestial aquí. En el instante santo nadie es especial, pues no le impones a nadie tus necesidades personales para hacer que tus hermanos parezcan diferentes. Sin los valores del pasado,

verías que todos ellos son iguales y semejantes a ti, y que no hay separación alguna entre ellos y tú. En el instante santo ves lo que cada relación ha de ser cuando percibas únicamente el presente.

Dios te conoce ahora. Él no recuerda nada, pues siempre te ha conocido

exactamente cómo te conoce ahora. El instante santo refleja Su conocimiento al desvanecer todas tus percepciones del pasado, y al eliminar de esta manera el marco de referencia que inventaste para juzgar a tus hermanos.

En el instante santo no hay cuerpos - seres diferenciados que refuerzan la

separación y la culpa - porque somos iguales, compartiendo nuestra única

necesidad (Expiación) tal como compartimos nuestro único problema (culpa). El marco de referencia del ego, por otro lado, es el pasado culpable

y pecaminoso, la base de nuestros juicios sobre los demás porque así nos

juzgamos a nosotros mismos: la proyección da lugar a la percepción. El instante santo corrige este juicio de separación, y aunque no es de Dios, es

Su presagio, una ventana que se abre a la eternidad porque su perdón refleja

el amor del Cielo. El instante santo da lugar a la visión que ve a todas las

personas como iguales y no como diferentes, dando paso suavemente al conocimiento más allá de la percepción, la Presencia de la Unidad Amorosa que es nuestra Fuente y nuestro Ser. Para tomar prestada la maravillosa línea de un movimiento posterior de nuestra sinfonía: "Juntos desapareceremos en la Presencia que se encuentra detrás del velo, no para perdernos sino para encontrarnos a nosotros mismos; no para que se nos vea, sino para que se nos conozca" (T-19.IV-D.19:1). Para reafirmar el pensamiento anterior, darnos cuenta de que no tenemos ninguna necesidad excepto recordar que no tenemos necesidades, es lo que nos permite acercarnos al velo para que podamos movernos suavemente más allá de él. Solo entonces la proyección se vuelve imposible, su lugar lo ocupa la extensión del amor que nuestro perdón libera en el instante santo del Espíritu Santo.

(V.9:4-7) Una vez que éste ha desaparecido, el Espíritu Santo lo substituye con Su Propio marco de referencia, el cual es simplemente Dios. La intemporalidad del Espíritu Santo radica sólo en esto. Pues en el instante santo, el cual está libre de pasado, ves que el amor se encuentra en ti y que no tienes necesidad de buscarlo en algo externo y de arrebatarlo culpablemente de donde pensabas que se encontraba. Creemos que el amor (obviamente el amor especial) está en el cuerpo de otra persona, como veremos dentro de varios capítulos en "Las leyes del caos" (T-23.II). Mientras nos identificamos con la separación, nos identificamos con la culpa, e inevitablemente culpamos a los demás por privarnos del amor que secretamente creemos que desechamos. Pero cuando permitimos que el marco de referencia de unidad no separada del

Espíritu Santo deshaga el ego, recordamos el amor que hay dentro de nosotros y de todos los Hijos de Dios. Esta unidad es el tema principal del

siguiente párrafo:

(V.10:1-4) Todas tus relaciones quedan bendecidas en el instante santo porque la bendición es ilimitada. En el instante santo la Filiación se beneficia cual una sola, y al quedar unida en tu bendición, se vuelve una para ti. El significado del amor es el que Dios le dio. Atribúyete cualquier otro significado que no sea el que Él le otorga, y te será imposible entenderlo.

El "significado" de Dios es Su perfecta Unidad, reflejada en el sueño como

la percepción de intereses compartidos. Ver a los demás a través de los ojos

separadores y excluyentes del especialismo, el significado de satisfacer

nuestras necesidades, hace imposible comprender a Dios y conocer nuestro

Ser. La unidad de Dios solo puede ser recordada eligiendo su reflejo a través del instante santo: perdón en lugar de juicio, amor en lugar de odio.

(V.10:5-10) Dios ama a cada uno de tus hermanos como te ama a ti; ni más ni menos. Al igual que tú, tiene necesidad de todos ellos por igual. En el tiempo, se te ha dicho que obres milagros tal como yo te indique, y que permitas que el Espíritu Santo te traiga aquellos que te andan buscando. Mas en el instante santo te unes directamente a Dios, y todos

tus hermanos se unen en Cristo. Aquellos que están unidos en Cristo no

están separados en modo alguno. Pues Cristo es el Ser que la Filiación comparte, de la misma manera en que Dios comparte Su Ser con Cristo.

El milagro de Jesús es la corrección de la creencia del ego en la separación

y los intereses separados. Bajo su guía amable, aprendemos que no podemos experimentar su amor y paz mientras albergamos resentimientos o

nos aferramos a expectativas especiales de felicidad o de alcanzar logros.

Nos enseña que el perdón debe ser total si es que va a ser en absoluto.
En el

instante santo, las barreras de la separación se disuelven y el recuerdo
del

Amor de Dios, nuestro Ser, surge en nuestras mentes cuando
recordamos la

unidad del Hijo de Dios. ¿Dónde, entonces, está el especialismo
cuando ha

llegado el amor, y cómo puede la separación resistir el único llamado
de

Cristo para que Él sea Cristo?

(V.11) ¿Crees que puedes juzgar al Ser de Dios? Dios lo creó inmune a
todo juicio como resultado de Su necesidad de extender Su Amor.

Puesto que el amor se encuentra en ti, no tienes otra necesidad que
extenderlo. En el instante santo no hay conflicto de necesidades, ya
que

sólo hay una necesidad. Pues el instante santo se extiende hasta la
eternidad y hasta la Mente de Dios. Y únicamente ahí tiene sentido el
amor, y únicamente ahí puede ser comprendido.

El instante santo devuelve a nuestra conciencia la total-inclusividad del
amor que es su significado. La tiranía de las necesidades impide que
recordemos, porque nos identifican con el cuerpo y nos separan de
nosotros

misimos y a unos de otros, dictando nuestros juicios sobre el Hijo de
Dios.

La Filiación se fragmenta en partes especiales; a algunos parece que
los

amamos, a otros los juzgamos, pero es el odio lo que reina en el
pensamiento del ego en nuestras relaciones. A pesar de la persistencia
de su

vicioso sistema de pensamiento, el volvernos a Jesús disuelve la
necesidad

del ego y disuelve nuestros apegos especiales. Esto nos permite
recordar el

amor que ambos tenemos y somos, un amor que compartimos con
alegría

con todos, sin excepción.

(VI.6:1-4) En el instante santo no ocurre nada que no haya estado ahí
siempre. Lo único que sucede es que se descorre el velo que cubría la
realidad. Nada ha cambiado. Sin embargo, cuando se descorre el velo

del tiempo, la conciencia de inmutabilidad aflora de inmediato. Este tema importante vuelve: no ocurre nada excepto deshacer lo que hizo el ego. El Amor de Dios ya está en nuestras mentes, sostenido allí por el Espíritu Santo y Su Expiación, pero lo hemos cubierto con velos de separación, culpa y odio, protegidos por el velo adicional de un mundo de separación, culpa y odio. Estos velos se quitan fácilmente al observar el sistema de pensamiento del ego sin juicio, la función del instante santo. Si bien el principio de deshacer es simple, la resistencia hace que su aceptación sea aparentemente imposible de lograr. Esta resistencia nace del miedo al inmutable Amor de Dios y al final del tiempo, el miedo que es el hogar del especialismo.

(VI.6:7-10) No tengas miedo de que se te vaya a negar el instante santo, pues yo no lo negué. Y a través de mí, el Espíritu Santo te lo dará a ti, del mismo modo en que tú a tu vez habrás de darlo. No permitas que ninguna necesidad que percibas nuble la necesidad que tienes del instante santo. Pues en él reconocerás la única necesidad que los Hijos de Dios comparten por igual, y por medio de este reconocimiento te unirás a mí para ofrecer lo único que es necesario. Nuestra única necesidad, para volver a afirmar este importante punto, es reconocer que tenemos una sola necesidad. El perdón nos recuerda que el mundo del especialismo no nos ofrece nada que queramos, porque nuestra única necesidad es el recuerdo de la mente de su poder para elegir, y compartir la visión de Jesús de la igualdad del Hijo de Dios es el medio de nuestro regreso a la cordura. Así servimos de modelo a los demás, porque Jesús está con nosotros, reforzando su mentalidad-correcta en nosotros mismos.

De vez en cuando es útil recordar que los términos Jesús y el Espíritu Santo

son símbolos de nuestro sistema de pensamiento de mentalidad-correcta.

Mientras nos veamos separados de nuestra verdadera identidad – Cristo en

la realidad y una mente tomadora de decisiones dentro del sueño – necesitamos símbolos que nos lleven hasta quienes somos. Un pasaje útil

que viene en el Capítulo 25 aclara este uso de los símbolos:

Puesto que crees estar separado, el Cielo se presenta ante ti como algo separado también. No es que lo esté realmente, sino que se presenta así a fin de que el vínculo que se te ha dado para que te unas a la verdad, pueda llegar hasta ti a través de lo que entiendes. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Uno, de la misma manera en que todos tus hermanos están unidos en la verdad cual uno. Cristo y Su Padre jamás han estado separados, y Cristo mora en tu entendimiento, en aquella parte de ti que comparte la Voluntad de Su Padre. El Espíritu Santo es el vínculo entre la otra parte – el demente y absurdo deseo de estar separado, de ser diferente y especial – y el Cristo, para hacer que la unicidad le resulte clara a lo que es realmente uno. En este mundo esto no se entiende, pero se puede enseñar. ...

De acuerdo con esto [el proceso del perdón], se considera al tiempo y al espacio como si fueran distintos, pues mientras pienses que una parte de ti está separada, el concepto de una Unicidad unida cual Una sola no tendrá sentido. Es obvio que una mente así de dividida jamás podrá ser el Maestro de la Unicidad que une a todas las cosas dentro de Sí. Y, por lo tanto, lo Que está dentro de esta mente, y en efecto une a todas las cosas, no puede sino ser su Maestro. Él necesita, no obstante, utilizar el idioma que dicha mente entiende, debido a la condición en que esta mente cree encontrarse. Y tiene que valerse de todo lo que ella ha aprendido para transformar las ilusiones en verdad y eliminar todas tus falsas ideas acerca de lo que eres, a fin de conducirte allende la verdad que se encuentra más allá de ellas.

(T25.5; 7:1-5)

Para repetir lo que acabo de escribir, hasta que podamos comprender verdaderamente (es decir, experimentar) la unidad del Hijo de Dios, tanto

dentro del sueño como en la realidad, necesitamos símbolos para

representar nuestro yo de mentalidad-correcta. Jesús y el Espíritu Santo son los dos símbolos que utiliza Un Curso de Milagros para satisfacer esta necesidad, pero hay legiones más. No es la forma que toma la corrección de la mentalidad-correcta lo que es importante, sino sólo el recordar elegir su contenido de perdón. Las formas nos llevan más allá de los símbolos a su fuente (T-19.IV-C.11:2), la elección del tomador de decisiones por el Cielo en lugar del infierno.

(IV.8:1-3) En el instante santo se recuerda a Dios, y con Él se recuerda el lenguaje con el que te comunicas con todos tus hermanos. Pues la comunicación se recuerda en unión con otro, al igual que la verdad. No hay exclusión en el instante santo porque el pasado desaparece, y con él

también desaparece la base de la exclusión.

La palabra crucial aquí es todos - nadie está excluido del amor, si es que es

realmente amor - lo que destaca la diferencia entre los instantes santos e

impíos, este último basado en la exclusión. Recuerda que la separación comenzó con la idea de que excluíamos a Dios para poder sobrevivir.

Dado

que el tiempo es no-lineal y las ideas no abandonan su fuente, todo lo que

hacemos en el mundo se basa en el mismo principio: para sobrevivir, alguien tiene que ser sacrificado, ya sea mediante un ataque directo o indirecta-mente a través del amor, en el que obtenemos lo que queremos

canibalizando el yo especial de otro. En el instante santo, esta locura asesina se mira con dulzura y amabilidad, y se desvanece porque no se basa

en nada más que en nuestra creencia en ella. Esto deja espacio para la realidad de la comunicación total del amor con nuestro Creador y Su Hijo.

(VI.8:4-5) Sin su fuente, la exclusión se desvanece. Y esto permite que la Fuente que tú y tus hermanos compartís la reemplace en tu conciencia.

No hacemos nada con Dios ni con el amor. Simplemente miramos sin juzgar la culpa y odio del ego, lo que hace que se disuelvan a medida que la luz de nuestra Fuente se libera de sus cadenas. Liberada de la oscuridad de la separación y el pecado, la luz de la visión hace brillar los pensamientos especiales de exclusividad que nos mantenían a nosotros y a nuestros hermanos presos del odio. Somos uno, y el excluir a un Hijo de la Filiación es excluir a todos los Hijos.

(VII.14) A través del instante santo es como se logra lo que parece ser imposible, haciendo que resulte evidente que no lo es. En el instante santo la culpabilidad no ejerce ninguna atracción, puesto que se ha reanudado la comunicación. Y la culpabilidad, cuyo único propósito es interrumpir la comunicación, no tiene ningún propósito en él. No hay nada en el instante santo que esté oculto ni hay en él pensamientos privados. El estar dispuesto a entablar comunicación atrae a la comunicación y supera la soledad completamente. Con esto, el completo perdón se consuma, pues no hay ningún deseo de excluir a nadie de tu compleción, al reconocer de súbito cuán importante es el papel que todos juegan en ella. Bajo la protección de tu plenitud, se invita a todo el mundo y se le da la bienvenida. Y comprendes que tu compleción es la de Dios, Cuya única necesidad es que tú seas completo.

Pues tu compleción hace que cobres conciencia de que formas parte del

ámbito de Dios. Y en ese momento es cuando te experimentas a ti mismo tal como fuiste creado y tal como eres.

Parece imposible que podamos estar sin culpa, porque es la base de nuestra

existencia. Sin embargo, con qué facilidad se deshace cuando compartimos

la visión de Cristo y vemos a todas las personas como iguales, ¡sin excepción! Cuando nuestra necesidad, proveniente del deseo de preservar

nuestro yo especial, desaparece, no habrá barreras que nos separen, no

habrá "pecados secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2) para estropear la

conciencia de la integridad del Hijo de Dios. La comunicación natural del

amor de la mente será libre, porque las cadenas de la culpa habrán desaparecido, dejando sólo el recuerdo de nuestra compleción para bendecir

a la Filiación en la Unidad de Su creación.

(IX.7:1-3) Cuando el cuerpo deje de atraerte y ya no le concedas ningún valor como medio de obtener algo, dejará de haber entonces interferencia en la comunicación y tus pensamientos serán tan libres como los de Dios. A medida que le permitas al Espíritu Santo enseñarte a utilizar el cuerpo sólo como un medio de comunicación y dejes de valerte de él para fomentar la separación y el ataque, que es la función que el ego le ha asignado, aprenderás que no tienes necesidad del cuerpo en absoluto. En el instante santo no hay cuerpos, y lo único que se experimenta es la atracción de Dios.

“En el instante santo no hay cuerpos” porque no hay separación. Sin este

pensamiento el cuerpo no existe, porque es la encarnación de la creencia de

la mente en la separación. Como hemos visto, no tenemos que cambiar

nuestros cuerpos, ni renunciar a ellos ni a sus sentimientos. Solo necesitamos mirar cómo los usamos para atacar y lograr el placer, la felicidad y la ausencia de dolor – todo lo cual no solo sirve para hacer que

el cuerpo sea real en nuestra experiencia, sino también para cosificar el

sistema de pensamiento de separación del ego que le dio origen. El valor de

Jesús como nuestra presencia consoladora y maestro radica en su ayuda

para reconocer el propósito de la mente para el cuerpo. La voluntad de mirar sin juzgar le permite enseñarnos a usar el cuerpo como un medio de

comunicar el perdón, la expresión en la forma del contenido de la unidad

amorosa de la mente con nuestro Creador. Nuestro amado maestro dice:

(IV.5) Yo me encuentro dentro de ti en el instante santo tan claramente como tú quieres que lo esté. Y el tiempo que tardes en aprender a

aceptarme, será el mismo tiempo que tardarás en hacer tuyo el instante santo. Te exhorto a que hagas que el instante santo pase a ser tuyo de inmediato, pues liberar la mente del anfitrión de Dios de la pequeñez no depende del tiempo, sino de la buena voluntad que se tenga para ello.

Jesús no se encuentra dentro del instante impío porque su hogar está en la mente errada que elegimos para asegurarnos de que él esté ausente. Después de todo, él es el último a quien queremos con nosotros cuando muy fervientemente deseamos estar separados y ser especiales. Sin embargo, él está dentro del instante santo cuando estamos dispuestos a escapar de los muros de la pequeñez de la prisión del ego. En verdad, él está siempre en nuestras mentes, pero no lo sabremos a menos que realmente lo queramos como nuestro maestro. Nos dirá que está dentro de nuestras relaciones santas (por ejemplo, T19.IV-B.5:3), pero que está excluido de nuestras relaciones especiales. A la luz de esto, cuando nos encontramos atraídos al especialismo en cualquier forma, debemos darnos cuenta de que detrás de él está el pensamiento: "Quiero a Jesús y su Expiación fuera de mi vida, lo que logro al complacer mi creencia en la separación, la culpa y el ataque".

Navidad – Jesús.

En la introducción de este capítulo mencioné que fue escrito en Navidad.

Ahora miramos varias referencias a la temporada navideña:

(III.9) Bendita criatura de Dios, ¿cuándo vas a aprender que sólo la santidad puede hacerte feliz y darte paz? Recuerda que no aprendes únicamente para ti, de la misma manera en que yo tampoco lo hice. Tú puedes aprender de mí únicamente porque yo aprendí por ti. Tan sólo deseo enseñarte lo que ya es tuyo, para que juntos podamos reemplazar

la miserable pequeñez que mantiene al anfitrión de Dios cautivo de la culpabilidad y la debilidad, por la gozosa conciencia de la gloria que mora en él. Mi nacimiento es tu despertar a la grandeza. No me des la bienvenida en un pesebre, sino en el altar de la santidad, en el que la santidad mora en perfecta paz. Mi Reino no es de este mundo, puesto que está en ti. Y tú eres de tu Padre. Unámonos en honor a ti, que no puedes sino permanecer para siempre más allá de la pequeñez.

La imagen Navideña del pesebre simboliza el hogar destartado que el ego

dice que es el nuestro: "No vuelvas tu mente hacia el pesebre de la pequeñez", dice Jesús, "y no esperes que entre en tu pequeño yo. Vivo en la

grandeza porque soy la grandeza, como tú y todas las criaturas de Dios. La

debilidad del ego radica en su separación del amor, mientras que la fuerza

de Cristo se encuentra en compartirlo, porque todos compartimos Su santidad como el único Hijo que somos. Ésta es tu elección: atar al Hijo de

Dios a la pequeñez de la culpa, o darle la bienvenida al glorioso altar de su grandeza".

(III.10:1) Decide como yo que decidí morar contigo.

Jesús continúa: "Elige conmigo en lugar de contra mí. He elegido estar contigo porque soy parte del Hijo de Dios, y eliges permanecer conmigo

por tu disposición a ver la culpa que tienes invertida en tus relaciones especiales. Vengan, hermanos míos, elijan de nuevo". Y luego nuestro hermano mayor espera paciente-mente nuestra "única e inequívoca llamada" (T-4.III.7:10).

(XI.7) En el instante santo se satisface la condición del amor, pues las mentes se unen sin la interferencia del cuerpo, y allí donde hay comunicación hay paz. El Príncipe de la Paz nació para re-establecer la condición del amor, enseñando que la comunicación continúa sin interrupción aunque el cuerpo sea destruido, siempre y cuando no veas

al cuerpo como el medio indispensable para la comunicación. Y si entiendes esta lección, te darás cuenta de que sacrificar el cuerpo no es

sacrificar nada, y que la comunicación, que es algo propio de la mente,

no puede ser sacrificada. ¿Dónde está entonces el sacrificio? Nací para enseñar la lección de que el sacrificio no está en ninguna parte y de que el amor está en todas partes, y ésta es la lección que todavía quiero enseñarles a todos mis hermanos. Pues la comunicación lo abarca todo, y en la paz que re-establece, el amor viene por su propia voluntad. No hay cuerpos en el instante santo porque, nuevamente, el pensamiento de separación (del cual el cuerpo es la encarnación) ha sido elegido en contra, por lo que es inevitable que experimentemos la unidad de las mentes en la que se encuentra la paz. La comunicación del amor – de Creador a creador; la creación dentro de sí misma – es restaurada, porque la interferencia a su flujo natural ha desaparecido. El sacrificio intrínseco al principio del ego de uno u otro ha desaparecido en la presencia amorosa y todo-inclusiva del Príncipe de la Paz, el Ser que simboliza Jesús. Su paz, plenamente presente una vez que nuestras mentes tomadoras de decisiones se han unido a su mente (no a su cuerpo o personalidad), suavemente da paso al amor que nos eleva completamente por encima del mundo de sacrificio y pérdida. La hora de Cristo ha llegado por fin y hemos nacido de nuevo, no al pesebre corporal de la pequeñez sino a la grandeza de la Mente de Dios y de Su Hijo.

(8:1-2) No permitas que la desesperanza opaque la alegría de la Navidad, pues la hora de Cristo no tiene sentido si no va acompañada de alegría. Unámonos en la celebración de la paz, no exigiéndole a nadie ningún sacrificio, pues de esta manera me ofreces el amor que yo te ofrezco.

Jesús nos pide que miremos, esta temporada y todas las temporadas, y

veamos cómo nuestras relaciones especiales exigen sacrificio. Alguien debe pagar para que seamos felices y recuperemos nuestra inocencia. Por tanto, si realmente deseamos conocer el amor perdonador de Jesús y aceptarlo como nuestro ser, no podemos al mismo tiempo exigir sacrificio de otro, porque su amor no excluye a nadie e incluye a todos – un tema ahora familiar en nuestra sinfonía. El Amor de Dios es perfecta Unidad, y mientras excluyamos cualquier parte del Hijo de Dios, expresamos una decisión que dice: “Yo quiero estar excluido. Al excluir a otros del Reino, me excluyo a mí mismo. Ésta es mi elección en favor del ego, porque quiero que ellos paguen el precio en lugar de mí, así que convenientemente olvido que el sacrificio es total”. Reconocer que uno no puede sacrificar a otro sin sacrificarse, es la motivación para elegir contra la desesperación del ego y en favor de la alegría del mensaje Navideño de esperanza y promesa.

(XI.8:3-5) ¿Qué podría hacernos más felices que percibir que no carecemos de nada? Ése es el mensaje de la hora de Cristo, que te doy para que tú lo puedas dar y se lo devuelvas al Padre, que me lo dio a mí. Pues en la hora de Cristo se restablece la comunicación, y Él se une a nosotros para celebrar la creación de Su Hijo.

No estamos privados de nada porque Dios nos dio todo, al ser todo, cuando

Él nos creó. Para saber esto, primero necesitamos entender el sacrificio y su

gran costo; de lo contrario no podemos elegir diferente-mente. Decidir odiar

nos duele porque nos mantiene pequeños, a pesar de la ilusión de hacernos

a nosotros mismos fuertes a expensas de otros. Tejiendo el tema Navideño

en sus enseñanzas sobre el sacrificio y el especialismo, Jesús nos comunica

en la hora de Cristo, el instante santo, que la comunicación entre Dios y Su

Hijo nunca se ha interrumpido.

El final del Capítulo 15 es un mensaje de Año Nuevo de Jesús a sus estudiantes, ya que fue tomado por Helen al final del año. Resume nuestra

discusión y proporciona una conclusión adecuada a este movimiento importante de nuestra sinfonía.

Conclusión.

(XI.10:1-7) Ésta es la época en la que muy pronto dará comienzo un nuevo año del calendario cristiano. Tengo absoluta confianza en que lograrás todo lo que te propongamos hacer. Nada te ha de faltar, y tu voluntad será completar, no destruir. Dile, entonces, a tu hermano: Esto es lo que queremos decir, especialmente cuando nos sentimos tentados

a decir lo contrario. Sin culpa ni juicio, miremos la tentación del ego de atacar, dándonos cuenta de que las siguientes palabras nos harán verdaderamente felices y nos darán la paz:

Te entrego al Espíritu Santo como parte de mí mismo.

Sé que te liberarás, a menos que quiera valerme de ti para aprisionarme a mí mismo.

En nombre de mi libertad elijo tu liberación porque reconozco que nos hemos de liberar juntos.

Esto pone fin al principio del ego de uno u otro. No somos tú o yo, somos tú

y yo. Recuerda que la separación y su mundo comenzaron con el pensamiento: "Es el Ser de Dios o el mío. Si voy a existir, Dios debe ser sacrificado; si Él va a existir, yo soy el sacrificado". En lugar de tratar con

nuestro sacrificio personal a manos de una deidad sedienta de sangre, borramos el pensamiento de nuestras mentes, lo proyectamos y fabricamos

un mundo en el que recreamos esta creencia una y otra vez, tratando desesperadamente de señalar con el dedo acusador a otros, para que al final

sean sacrificados por la ira vengativa de Dios. Solo al reconocer como nos

duele este intento de aprisionarnos, entonces estaremos motivados para

abandonar la locura, recordando que podemos volver a Dios como un solo

Hijo, sin pensamientos de exclusión que estropeen nuestro camino. En el

instante santo somos liberados con todos nuestros hermanos, devolviéndonos al hogar que nunca abandonamos. No lo tendríamos de otra manera:

juntos, o no en absoluto.

(XI.10:8-11) De esta forma damos comienzo al año con alegría y en libertad. Es mucho lo que aún nos queda por hacer, y llevamos mucho retraso. Acepta el instante santo con el nacimiento de este año, y ocupa

tu lugar – por tanto tiempo vacante – en el Gran Despertar [es decir, la Expiación]. Haz que este año sea diferente al hacer que todo sea lo mismo.

Este es un juego de palabras implícito sobre diferente, en el que Jesús nos

dice: “Haz que este año sea diferente de todos los demás haciendo que todo

sea igual, no viendo diferencias, sino viendo a todos y a cada situación como compartiendo el único propósito del perdón. La gente pide amor o lo

expresa, y sin importar cuál de estas dos sea, tu respuesta nunca es diferente, siendo solo y para siempre amor. Hagas lo que hagas será lo mismo – indefenso, amoroso, bondadoso y gentil – porque provendrá de

una visión que ve a los Hijos de Dios como iguales, sin verdaderas diferencias entre ellos. Finalmente, si tú y tu hermano son iguales, entonces

tú y yo somos iguales también, y nosotros y Dios somos iguales en el sentido de que no estamos separados de la Unidad de la creación ni la unidad de la creación de su Creador”.

(XI.10:12-14) Y permite que todas tus relaciones te sean santificadas. Ésta es nuestra voluntad. Amén.

Nuestra oración de Año Nuevo es una resolución para todos los días de cada año. Nos pide que aprendamos a ver independientemente de las apariencias, a todas las relaciones y situaciones pidiendo la paz, no la guerra. Es importante no olvidar que este es un curso en contenido. El contenido del odio que tenemos en común desaparece a medida que miramos más allá de él y de todas sus formas especiales hacia nuestro

contenido compartido de amor: la única Voluntad de Dios y Su único Hijo.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.